

CRISTIANIDAD



YO SOY EL PAN DE VIDA

CRISTIANDAD

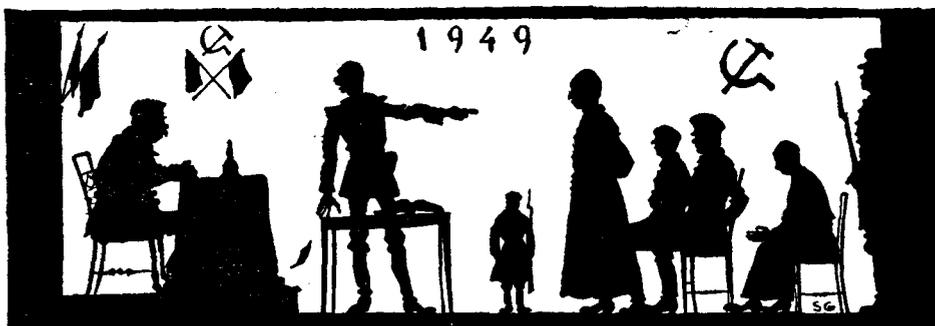
REVISTA QUINCENAL

Suscripción	{	Anual	100	ptas.	}	Número ordinario	5	ptas.
		Semestral	50	»		Encuadernar.	25	»
		Trimestral	25	»		Tomo encuadernado	125	»

NOTA: de interés para los nuevos suscriptores Según acuerdo tomado por la Dirección de esta Revista en atención a las consultas formuladas respecto a las condiciones de adquisición del número extraordinario, con el correspondiente anexo de grabados, dedicado a la ASUNCION DE MARIA, se comunica que seguirá concediéndose el descuento señalado del 50 por 100 sobre su precio, a los nuevos suscriptores del año actual

LA SOMBRA DE BELA KUN

por José - Oriol Cuffi Canadell



Precedida de una carta al autor,
del Excmo. Rvdmo. Sr. Obispo
de Barcelona

2.ª edición, agosto de 1950 - Precio: 10 pesetas

NÚM. 172
AÑO VIII

CRISTIANDAD

REVISTA
QUINCENAL

AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCIÓN A SU SAGRADO CORAZON

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Telef. 22 24 46
BARCELONA

15 Mayo 1951

Martínez Campos, 11, 5.º - Telef. 22 62 08
MADRID

AL GRAN PONTIFICE PIO X, DE GLORIOSISIMA MEMORIA.
QUE, CONTEMPLANDO CON MIRADA SOBRENATURAL
LAS ANGUSTIAS POR QUE ATRAVIESA EL MUNDO MODERNO,
LEYÓ EN EL CORAZON DE CRISTO
SU DESEO DE QUE LOS NIÑOS SE ACERCARAN A ÉL
EN EL AUGUSTO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA
Y ATRAJO SUAVEMENTE A TODOS LOS FIELES A LA FRECUENTACION COTIDIANA
DEL CUERPO Y SANGRE DE NUESTRO SACRATISIMO REDENTOR
COMO EFICAZ MEDIO PARA ACRECENTAR LA VIDA CRISTIANA
E INSTAURAR TODAS LAS COSAS EN CRISTO;

EN VISPERAS DE SU SOLEMNE BEATIFICACION
DECRETADA POR SU SANTIDAD EL PAPA PIO XII, FELIZMENTE REINANTE,
DEDICA CRISTIANDAD EL PRESENTE NUMERO,
CONMEMORATIVO DE LA SOLEMNE INSTITUCION DE LA FIESTA DEL SANTISIMO CORPUS CHRISTI
COMO MEMORIAL DEL SUBLIME SACRIFICIO EUCARISTICO.

AÑO DE GRACIA DE MCMLI.

EN BARCELONA, CIUDAD DESIGNADA POR EL ACTUAL VICARIO DE CRISTO
PARA LA CELEBRACION DEL PROXIMO CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL.



PARTE DISPOSITIVA DE LOS DECRETOS DADOS BAJO EL PONTIFICADO DE PIO X

SOBRE LA COMUNION COTIDIANA

1.º Dése amplia libertad a todos los fieles cristianos, de cualquier clase y condición que sean, para comulgar frecuente y diariamente, en cuanto que así lo desea ardentemente Cristo Nuestro Señor y la Iglesia Católica: de tal manera, que a nadie se le niegue que esté en estado de gracia y tenga recta y piadosa intención.

2.º La rectitud de intención consiste en que aquel que comulga no lo haga por rutina, vanidad o fines terrenos, sino por agradar a Dios, unirse más y más con Él por el amor y aplicar esta medicina divina a sus debilidades y defectos.

3.º Aunque convenga en gran manera que los que comulgan frecuente o diariamente estén libres de pecados veniales, al menos de los completamente voluntarios, y de su afecto, basta, sin embargo, que estén limpios de pecados mortales y tengan propósito de nunca más pecar; y con este sincero propósito no puede menos de suceder que los que comulgan diariamente se vean poco a poco libres hasta de los pecados veniales y de la afición a ellos.

4.º Como los Sacramentos de la Ley Nueva, aunque produzcan su efecto por sí mismos, lo causen, sin embargo, más abundante cuanto mejores son las disposiciones de los que los reciben, por eso se ha de procurar que preceda a la sagrada Comunión una preparación cuidadosa y le siga la conveniente acción de gracias, conforme a las fuerzas, condición y deberes de cada uno.

5.º Para que la Comunión frecuente y diaria se haga con más prudencia y tenga más mérito, conviene que sea con consejo del Confesor. Tengan, sin embargo, los Confesores mucho cuidado de no alejar de la Comunión frecuente o diaria a los que estén en estado de gracia y se acerquen con rectitud de intención.

6.º Como es claro que de la frecuente o diaria Comunión se estrecha la unión con Cristo, resulta una vida espiritual más exuberante, se enriquece el alma con más efusión de virtudes y se le da una prenda muchísimo más segura de felicidad; exhorten por esto al pueblo cristiano a esta tan piadosa y saludable costumbre con repetidas instancias y gran celo los Párrocos, los Confesores y Predicadores, conforme a la sana doctrina del catecismo Romano (part. II, c. LXIII).

SOBRE LA EDAD DE LA PRIMERA COMUNION

I. La edad de la discreción, tanto para la confesión como para la Sagrada Comunión, es aquella en la cual el niño empieza a raciocinar, esto es, los siete años, sobre poco más o menos. Desde este tiempo empieza la obligación de satisfacer ambos preceptos de confesión y Comunión.

II. Para la primera confesión y primera Comunión no es necesario el pleno y perfecto conocimiento de la Doctrina Cristiana. Después, el niño debe ir poco a poco aprendiendo todo el Catecismo, según los alcances de su inteligencia.

III. El conocimiento de la religión que se requiere en el niño para prepararse convenientemente a la Primera Comunión es aquel por el cual sabe, según su capacidad, los misterios de la fe, necesarios con necesidad de medio, y la distinción que hay entre el pan eucarístico y el pan común y corporal, a fin de que pueda acercarse a la Sagrada Eucaristía con aquella devoción que puede tenerse a su edad.

IV. El precepto de que los niños confiesen y comulguen afecta principalmente a quienes deben tener cuidado de los mismos, esto es, a sus padres, al confesor, a los maestros y al párroco. Al padre o a aquellos que hagan las veces, y al confesor, según el Catecismo Romano, pertenece admitir a los niños a la Primera Comunión.

V. Una o más veces al año cuiden los párrocos de hacer alguna Comunión general para los niños, pero de tal modo que no sólo admitan a los noveles, sino también a otros que, con el consentimiento de sus padres y confesores, como se ha dicho, ya se han acercado a la Sagrada Mesa. Algunos días antes de la Comunión instruya y prepare a unos y otros.

VI. Los que tienen a su cargo niños deben cuidar con toda diligencia que, después de la Primera Comunión, estos niños se acerquen frecuentemente, y, a ser posible, diariamente a la Sagrada Mesa, pues así lo desea Jesucristo y nuestra madre la Iglesia, y que lo practiquen con aquella

ORACION ENCARGADA POR S. S. PIO X PARA PROMOVER LA COMUNION DIARIA (1)

Oh, dulcísimo Jesús, que viniste a este mundo para enriquecer a todas las almas con la vida de tu gracia, y que para conservar en ellas esa vida y aumentarla te ofreces diariamente en el augustísimo sacramento de la Eucaristía como saludable remedio de sus enfermedades y alimento divino para sostener su debilidad; te rogamos humildemente que difundas sobre ellas, benigno, tu Espíritu, para que, llenas de Él, si algunas estuvieren manchadas por el pecado mortal, volviendo a Ti, recuperen la vida de la gracia perdida por sus pecados; y las que, por tu misericordia, ya están unidas a Ti, se acerquen cada día, en cuanto puedan, devotamente, a tu celestial banquete, fortalecidas con el cual puedan encontrar el antídoto de los pecados veniales por ellas cometidos y alimentar en ellas la vida de tu gracia; y así, más y más purificadas, consigan la felicidad sempiterna en el cielo. Amén.

(1) Se publicó en Carta de la Sagrada Congregación de Indulgencias de 10 de abril de 1907.



SOBRE LA COMUNION COTIDIANA

7.º Promuévase la Comunión frecuente y diaria, principalmente en los Institutos religiosos, de cualquier clase que sean, para los cuales, sin embargo, queda en vigor el decreto *Quemadmodum*, del 17 de diciembre de 1890, dado por la S. C. de Obispos y Regulares. Promuévase también cuanto sea posible en los Seminarios de clérigos, cuyos alumnos anhelan el ministerio del altar; lo mismo en cualquier otra clase de colegios cristianos.

8.º Si hay algunos Institutos, de votos simples o solemnes, cuyas reglas, constituciones o calendarios señalen y manden algunos días de Comunión, estas normas se han de tener como meramente directivas y no como preceptivas. Y el número prescrito de Comuniones se ha de considerar como el *minimum* para los Religiosos piadosos. Por lo cual se les deberá dejar siempre libre la Comunión más frecuente o diaria, según las normas anteriores de este Decreto. Mas, para que todos los religiosos de ambos sexos puedan enterarse bien de las disposiciones de este Decreto, los Superiores de cada una de las Casas tendrán cuidado que todos los años, en la infraoctava de Corpus Christi, sea leído a la comunidad en lengua vulgar.

9.º Finalmente, absténganse todos los escritores eclesiásticos, desde la promulgación de este Decreto, de toda disputa o discusión acerca de las disposiciones para la frecuente y diaria Comunión.

Habiendo dado cuenta de todo esto a Nuestro Santísimo Señor Pío Papa X el infrascrito Secretario de la S. C., en audiencia del 17 de diciembre de 1905, Su Santidad ratificó este Decreto de los Padres Eminentísimos, le confirmó y mandó publicar, no obstante en nada cosa en contrario. Mandó, además, que se enviase a todos los Ordinarios y Prelados regulares, para que lo comuniquen a sus Seminarios, Párrocos, Institutos religiosos y Sacerdotes, respectivamente, y den cuenta a la Santa Sede, en sus relaciones del estado de la Diócesis o Instituto, de la ejecución de lo que en él se establece.

Dado en Roma a 20 de diciembre de 1905.

SOBRE LA EDAD DE LA PRIMERA COMUNION

devoción que permite su edad. Recuerden, además, aquellos a cuyo cuidado están los niños, la gravísima obligación que tienen de procurar que asistan a la enseñanza pública del Catecismo o, a lo menos, suplan de algún modo esta enseñanza religiosa.

VII. La costumbre de no admitir a la confesión a los niños, o de no absolverlos nunca, habiendo ya llegado al uso de la razón, debe en absoluto desterrarse; por lo cual, los Ordinarios de las Diócesis, empleando, si es necesario, los medios que el derecho les concede, cuidarán de desterrar por completo esta costumbre.

VIII. Es de todo punto detestable el abuso de no administrar el Viático y la Extremaunción y de enterrar según el rito de los párvulos a los niños que han llegado al uso de la razón. A los que no abandonen esta costumbre, castiguenlos con rigor los Ordinarios de las diócesis.

Todas estas cosas, acordadas por los Padres Cardenales de esta Sagrada Congregación, las aprobó nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X, en audiencia del 7 del corriente mes, y mandó dar a luz y promulgar el presente Decreto.

Mandó también a todos los Ordinarios que, este mismo Decreto, no solamente lo den a conocer a los párrocos y al clero, sino también al pueblo, al cual quiere que le sea leído en lengua vulgar cada año en el tiempo pascual. Y los Ordinarios deberán, cada cinco años, al dar cuenta del estado de la Diócesis, manifestar a la Santa Sede lo referente a la observancia de este Decreto.

Sin que obste cosa en contrario.

Dado en Roma, en el palacio de la misma Sagrada Congregación, el día 8 de agosto de 1910.

(Textos reproducidos de la obra del Rvdo. P. Juan B. Ferreres, S. I. «La Comunión frecuente y diaria y la Primera Comunión».)



EL PAPA DE LA ENCICLICA «PASCENDI» ADQUIERE ACTUALIDAD PALPITANTE Y BENEFICIOSA

Exhortación pastoral de nuestro Prelado sobre la beatificación de Pío X

LA noticia de que el día 3 de junio próximo será beatificado el que fué Papa Pío X, ha llenado de gozo al mundo católico.

Aquella figura simpática del Pontífice, a la vez bondadoso y enérgico, dulce y fuerte, y siempre tierna y profundamente piadoso, revivirá en el alma de los que alcanzamos sus días, y más de los que personalmente lo vimos y oímos.

El Papa de la Encíclica *Pascendi* adquirirá actualidad palpitante y beneficiosa para la integridad de la fe y de la doctrina cristiana, al ser beatificado por el Papa de la Encíclica *Humani Generis*.

Pío X, el Papa de la Comunión frecuente y de la Comunión de los niños, de la enseñanza del Catecismo y del canto litúrgico, vivirá de nuevo en el recuerdo de tantos como se beneficiaron de tan sabias y eficaces reformas para el fomento de la piedad cristiana y santificación de innumerables almas.

Solemnísimas fiestas se preparan en Roma con motivo de esa Beatificación. A ellas es nuestro propósito asistir acompañado de una devota peregrinación de nuestros diocesanos. Sentimos un impulso interior que nos empuja hacia Roma con tan grato motivo; no podríamos menos de sentirlo, pues tuvimos la dicha de vivir en la Ciudad Eterna los últimos años del pontificado de tan grande y santo Pontífice. En el Colegio Español estuvimos cuatro años con el Cardenal Vives y Tutó, hijo ilustre de esta diócesis de Barcelona, el cual tan al lado estuvo y tan íntimo fué de Pío X, que le apellidaba, proponiéndonoslo como modelo, "il collegiale maggiore".

De manos de su Secretario de Estado, el Cardenal Merry del Val, recibimos el Presbiterado, y el mismo día de nuestra ordenación los doce nuevos presbíteros tuvimos la inefable dicha de recibir de aquel Papa, que había de subir a los altares, manifestaciones de extrema bondad y el testimonio de su plegaria por nosotros: "Yo pido a Jesucristo Nuestro Señor que seáis unos santos sacerdotes; decidle vosotros que no puede menos de escuchar a su Vicario en la Tierra." Tampoco dejará de oír ahora a quien en el Cielo continuará orando por los que aquí encomendó al Señor. Fruto temprano, pero sazonado, de esa oración del santo Pío X, dos de aquellos sacerdotes rubricaron con su sangre una ejemplar vida sacerdotal: el Dr. D. Francisco Company en estas tierras catalanas, en la archidiócesis de Tarragona, y el Dr. D. Francisco López, en las llanuras de la Mancha, en la archidiócesis de Toledo.

¿Cómo, pues, podría yo, mis venerables hermanos y amados hijos, dejar de asociarme lo más de cerca, íntima y fervorosamente posible, al homenaje que la Iglesia Católica con el Papa Pío XII, felizmente reinante, tributará al humilde y excelso Pío X, con motivo de su Beatificación?

Queremos que toda nuestra Diócesis se mueva y se conmueva con tan fausto motivo; que demuestre gratitud fervida al Papa que, al abrir el Sagrario a los niños apenas éstos han llegado al uso de la discreción, y al eliminar toda sombra de jansenismo mediante la Comunión frecuente y diaria, tanto contribuyó a la recristianización de nuestro pueblo y al incremento de la piedad. ¡Cuántas almas de los que fueron hijos de esta Diócesis, con tantas otras de todo el orbe católico, ahora en el Cielo serán la corona de gloria del Pontífice de la Eucaristía!

Pero hemos de demostrar práctica y fructuosamente esa gratitud, a cuyo efecto disponemos:

1.º Que las primeras Comuniones de los niños se verifiquen, a no existir causa grave que lo impida, el domingo día 3 del próximo mes de junio. Incúlquese a los niños, con esa oportunidad, la devoción al Papa Pío X; exhortéseles a que pidan por su canonización y a imitar la piedad eucarística de aquel santo Pontífice.

2.º Organícense veladas y concursos catequísticos; foméntese la Hermandad de la Doctrina Cristiana y recuérdese a los padres la grave obligación de procurar que sus hijos aprendan el Catecismo y cumplan sus deberes cristianos.

3.º No deje de celebrarse, ese día de la Beatificación, alguna solemnidad eucarística, al menos una Misa de Comunión, como sentido homenaje al Papa de la Comunión diaria.

4.º Recomiéndese a los fieles que contribuyan con más generosidad que de ordinario a la colecta que tenemos decretada para la Obra Catequística, a fin de destinar parte de la misma a sufragar los gastos del sepulcro del nuevo Papa Beato.

Haga el Señor que, con esta ocasión, en nuestra Diócesis se logre, con la enseñanza del Catecismo a niños y adultos, un gran incremento de la Comunión frecuente y diaria conforme a las intenciones del santo Papa Pío X.

Barcelona, 25 de abril de 1951.

† EL OBISPO

YO SOY EL PAN DE VIDA

Con varios milagros, que los cuatro Evangelistas refieren (Mt., 14, 13-36; Mc., 6, 30-56; Lc., 9, 10-17; Joh., 6, 1-21), prepara Jesús el momento en el cual, un año antes de instituir el augusto Sacramento de la Eucaristía, va a anunciar y desarrollar la doctrina de este inefable misterio. Como de paso, San Mateo (14, 14) y San Lucas (9, 11) nos hablan también, mezclándolo con el relato de los dos principales episodios, sobre curaciones de enfermos que obraba en aquel momento el Señor ante las turbas; y de nuevo, más adelante (Mt., 14, 35-36; Mc., 6, 55-56), vuelve a hablárenos de lo mismo; por otra parte, algunos comentaristas quieren ver en la expresión de San Juan (6, 21) otro milagro. Y, sin embargo, son dos los grandes prodigios en cuya descripción se extienden los Evangelistas, como atribuyéndoles —y, en efecto, parece que tienen este carácter— el valor de preparación especial de los espíritus para este anuncio de la Eucaristía que Jesucristo les va a hacer: el milagro de la multiplicación de los panes y los peces con que Jesús sació el hambre material de una gran muchedumbre y el milagro de caminar nuestro Señor sobre las aguas

«Hasta entonces (el momento de hacer el milagro de la multiplicación) —dice el prestigioso autor P. Ferdinand Prat, S. I., en su conocido tratado «Jesucristo, su vida, su doctrina, su obra»— no había operado Jesús ni un solo milagro sin la previa petición.

En esta ocasión toma la iniciativa, porque quiere dar una señal manifiesta de su omnipotencia, a fin de manifestar y hacer creíble la multiplicación aun más sorprendente del Pan Eucarístico.»

Con este milagro, en efecto, parece significarse y como prefigurarse el misterio de la multiplicación del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo para alimento de las almas, milagro que la infinita bondad de Dios está repitiendo diariamente; y, con el otro, el milagro por el cual el pan y el vino se despojan de su ser material en la transubstanciación para convertirse real y verdaderamente en cuerpo, sangre, alma y divinidad de nuestro Redentor, ocultos bajo las apariencias de aquéllos.

«Es verdad —prosigue el P. Prat— que muy probablemente no habría mencionado San Juan la multiplicación de los panes ni el caminar de Jesús sobre las aguas —episodios harto conocidos por el relato de sus antecesores— si no hubiese querido hacer de ambos milagros el prefacio del discurso eucarístico. Porque ese pan que se multiplica por un simple acto de voluntad y ese cuerpo que escapa a las leyes físicas, a la manera de los espíritus, nos preparan admirablemente para creer en la presencia sacramental de Cristo en la Hostia consagrada.»

La narración de dichos prodigios se inicia por los Evangelistas con el relato de sus circunstancias de tiempo y lugar:

I. PREPARACION ESPIRITUAL PARA EL DISCURSO DE LA EUCARISTIA

Jesús y sus Apóstoles en el desierto de Betsaida

Mc. 6, 31-32 **Y** llegándose los Apóstoles a Jesús, contáronle todo cuanto habían hecho y enseñado. Y les dijo: «Venid aparte en un lugar solitario, y reposad un poco»; pues eran muchos los que iban y venían, y ni aun tiempo tenían para comer. Y entrando en un barco, se retiraron a un lugar desierto y apartado del territorio de Betsaida, al otro lado del mar de Galilea, esto es, de Tiberíades.

Mc. 6, 33 **Y** los vieron muchos cómo se iban y lo conocieron; y concurrieron allá a pie de todas las ciudades, y le seguía una gran muchedumbre que veía los milagros que hacía con los enfermos. Y llegaron antes que él.

(Lc. 9, 10)
(Joh. 6, 2)
Y seguía a Jesús una gran muchedumbre presenciando cómo sanaba los enfermos

Subió, pues, Jesús, al monte, y sentóse allí con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Y habiendo Jesús alzado los ojos, y viendo que venía a él muy grande muchedumbre, compadecióse de ellos porque eran como ovejas que no tienen pastor; y los recibió y comenzó a enseñarles muchas cosas, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que lo habían menester. Y el día había comenzado ya a declinar. Y como fuese ya muy tarde, se llegaron a él sus discípulos, diciendo: «Desierto es este lugar, y la hora es ya pasada; despídelos para que vayan a las granjas y aldeas de la comarca a comprar qué comer.»

Joh. 6, 3-5

Mc. 6, 34 (Mt. 14, 14)
Jesús se compadeció de la muchedumbre porque eran como ovejas sin pastor (Lc. 9, 11)
Y les hablaba del reino de Dios

Mc. 6, 35

Multiplicación de los panes y de los peces

Mt. 14, 16 Jesús ordena que den de comer a la muchedumbre (Mc. 6, 37)

Joh., 6, 5-11

Y él les respondió y dijo: «No tienen necesidad de ir; dadles vosotros de comer.» Y dijéronle: «¿Iremos a comprar doscientos denarios de pan, y les daremos de comer?» Dijo a Felipe: «¿De dónde compraremos pan para que coman estos?» Esto decía para probarle, porque él

sabía lo que había de hacer. Felipe respondió: «Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco.» Y les dice: «¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo.» Y habiéndolo visto, dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: «Aquí hay un niño que tiene

(Mc. 6, 38)

Viveres con que cuentan cinco panes y dos peces (Mt. 14, 18)

cinco panes de cebada y dos peces; mas, ¿qué es esto para tantos?» Y les dijo: «Traédmelos acá.»

Mc. 6, 40

Jesús toma los cinco panes y los dos peces y los bendice...

(Mt. 14, 19)

Y comieron todos y se saciaron. (Mt. 14, 20 Mc. 6 42; Lc. 9, 17)

Dijo, pues, Jesús: «Haced que los hombres se sienten.» Y en aquel lugar había mucho heno. Y se sentaron en número como de cinco mil varones, en grupos de a cien y de a cincuenta.

Tomó, pues, Jesús los cinco panes y los dos peces, miró al cielo, y los bendijo. Y habiendo dado gracias, rompió los panes y los dió a sus discípulos, y los discípulos los dieron a las turbas, y los repartió entre los que estaban sentados; y asimismo de los peces, cuanto querían. Y comieron todos, y se hartaron. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: «Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se

pierdan.» Y así recogieron y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada, y de los peces que sobraron a los que habían comido. El número de los que comieron fué cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

(Mt. 14, 21)

Aquellos hombres, pues, cuando vieron el milagro que Jesús había obrado decían: «Éste es verdaderamente el Profeta que debe venir al mundo.» Y Jesús, cuando entendió que habían de venir a arrebatarlo para hacerlo rey, luego obligó a sus discípulos a que entrasen en la barca para que fuesen antes que él a la otra orilla, a Betsaida, mientras él despedía al pueblo. Y cuando lo hubo despedido, huyó otra vez al monte él solo a orar. Y cuando vino la noche, estaba allí solo.

Entusiasmo de la multitud: le reconoce por el Mesías...

(Mc. 6, 45-46; Mt. 14, 22)

... y le quiere proclamar rey. Más Jesús les despide y se retira a orar a un monte, solo (Mt. 14, 22)

Jesús camina sobre las aguas

Joh. 6, 16

Los discípulos embarcan

(Mc. 6, 47)

Tempestad

(Mt. 14, 24)

(Mc. 6, 48; Mt. 14, 24-25)

Jesús camina sobre las olas

(Mc. 6, 49-50)

Venle los discípulos y temen Mt. 14, 26-31

Y como se hiciese tarde, bajaron sus discípulos al mar y, habiendo entrado en la barca, pasaron a la otra orilla, hacia Cafarnaum: y había ya obscurecido; y no había venido Jesús a ellos. Y como fuese tarde, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Y el mar alborotábase por un viento grande que soplabá. Y la barquilla, en medio del mar, era combatida por las olas.

Y viéndoles (Jesús) remar con gran fatiga (pues el viento les era contrario), y a eso de la cuarta vigilia de la noche, vino a ellos andando sobre el mar; y quería dejarlos atrás. Y después que habían navegado como veinticinco o treinta estadios, ven a Jesús caminando sobre el mar y que se acercaba a la barca.

Y ellos, cuando le vieron caminar sobre el mar, pensaron que era fantasma, y decían: «¡Que es fantasma!» Y de miedo gritaron. Pues todos le vieron y se turbaron. Mas lue-

go Jesús habló con ellos y les dijo: «¡Tened buen ánimo!, yo soy, no temáis.» Y respondiendo Pedro, dijo: «Señor, si tú eres, mándame ir a ti sobre las aguas.» Y él dijo: «Ven»; y Pedro, bajando de la barca, andaba sobre el agua para ir a Jesús. Mas, siendo el viento recio, tuvo miedo; y como empezara a hundirse, dió voces, diciendo: «¡Señor, sálvame!» Y en seguida Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: «¡(Hombre) de poca fe! ¿Por qué dudaste?» Quisieron, pues, recibirlo en la barca.

También Pedro camina sobre las aguas

Joh. 6, 21

(Mc. 6, 51-52) (Mt. 14, 33)

Cesa el viento

Los discípulos le reconocen Hijo de Dios (1)

Y subió con ellos a la barca, y cesó el viento. Y los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: «Verdaderamente eres Hijo de Dios», y más se maravillaban dentro de sí. Porque no habían aún entendido lo de los panes; por cuanto su corazón estaba ofuscado. Y en seguida se encontró la barca en la tierra a la que iban.

Sana a los enfermos

Mc. 6, 53-56

Jesús con sus discípulos en Genezaret

(Mt. 14, 35-36)

Y, hecha la travesía, vinieron a tierra de Genezaret, y atracaron. Cuando hubieron salido de la barca, al punto le conocieron los hombres de aquel lugar, y después que le conocieron, enviaron emisarios por toda aquella comarca, y los que recorrían toda aquella región, y comenzaron a traer en los lechos a los

enfermos adonde oían que él estaba.

Y dondequiera que entraba, en aldeas o en granjas, o en ciudades, ponían los enfermos en las calles, y le rogaban que permitiese tocar siquiera la orla de su vestido y cuantos le tocaban, quedaban sanos.

(1) Observa Santo Tomás, en su comentario al Evangelio de San Mateo (XVI, 17), que hay una gran diferencia entre el título que estas y otras gentes le conceden de "hijo de Dios" y la confesión de Pedro: "Porque

aquellas lo califican de hijo adoptivo, y Pedro lo califica de Hijo Natural; por cuyo motivo a Pedro se le declara bienaventurado por encima de los demás, porque él fué el primero en confesar la Divinidad."

II. EL DISCURSO EUCARISTICO (Joh. 22, 71)

La gente advierte que ni Jesús ni sus discípulos están en la misma ribera

AL día siguiente, la gente que estaba de la otra parte del mar, vió que no había allí sino una sola barquilla y que Jesús no había entrado en la barca con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían ido solos. Pero llegaron otras barcas de Tiberíades, cerca del lugar en donde habían comido el pan, después de haber dado gracias al Señor.

Y cuando vió la gente que no estaba allí Jesús, ni sus discípulos, entraron en las barquichuelas, fueron a Cafarnaum en busca de Jesús. Y cuando le hallaron de la otra parte del mar, le dijeron: «Maestro, ¿cuándo llegaste acá?» Jesús les respondió, y dijo: «En verdad, en verdad os digo: «Que me buscáis, no por los milagros que visteis, mas porque comisteis del pan y os saciasteis.»

Van a Cafarnaúm en busca de Jesús

Jesús censura que en el milagro de los panes hayan visto sólo el hecho material (2)

Hasta llegar a aquí no ha habido más que una preparación para que Jesucristo entre a explicar el misterio eucarístico. Ahora comienza a señalar su propósito: darles a conocer el alimento de vida eterna, el pan del cielo. Las palabras con que se inicia el texto que sigue, dice el P. Prat, a quien antes hemos citado, son el «quid» de todo el discurso. Quien las pierda de vista o no repare en ellas se perderá en un laberinto sin luz ni salida. En un verdadero «crescendo» de afirmaciones, cada vez más claras, esgrimidas frente a la incredulidad o el grosero materialismo de su auditorio, contrapondrá Jesús el pan material, el maná incluso, con el pan espiritual que Él ofrece; el pan que no sacia, con el que permanece y aprovecha para la vida eterna; el que dió Moisés, y el que darán el Hijo del Hombre y el Padre; el que se adquiere a costa de sudores materiales y el que es un don gratuito de Dios, que el hombre puede esforzarse por alcanzar, pero que se le da por la fe en Jesucristo. Pan verdadero que descendió del

cielo y da la vida al mundo, pan de vida que es el mismo Cristo Jesús.

«El alimento imperecedero que debemos tratar de adquirir —sigue el P. Prat— está colocado muy por encima de nuestros esfuerzos: no puede ser fruto inmediato de nuestra actividad. Es indispensable que nos lo dé el Hijo del Hombre —y a ello se compromete Él formalmente—, con tal que llenemos por nuestra parte la condición que Él mismo nos exige. No será vana su promesa: Él es idóneo para cumplirla, porque su Padre, no solamente le invistió con la plenitud del poder al enviarlo al mundo, sino que le marcó con el sello de su propia divinidad.»

«No comprendieron ciertamente los judíos la naturaleza de este sello divino, pero supusieron sin duda que se trataba de una señal distintiva, que le autorizaba a predicar y a obrar en nombre de Dios. Comprendieron también —y esto es lo esencial— que Jesús les prometía un alimento muy diferente del que habían comido la víspera, y que, para participar de él, habrían de cumplir, por su parte, una condición.»

Primera parte: El pan espiritual

Trabajad no por la comida que perece: mas por la que permanece para la vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre. Porque a éste señaló el Padre, Dios. Y le dijeron: «¿Qué haremos para hacer las obras de Dios?» Respondió Jesús, y les dijo: «Ésta es la obra de Dios que creáis en aquel que él envió.»

Ellos, pues, le dijeron: «Señor, danos siempre este pan.» Y Jesús les dijo: «Yo soy el pan de la vida: el que a mí viene, no tendrá hambre: y el que en mí cree, nunca jamás tendrá sed. Mas yo he dicho que me habéis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre, a mí vendrá: y aquel que a mí viene, no le echaré fuera: porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió. Y ésta es la voluntad de aquel Padre que me envió: Que nada pierda de todo aquello que él me dió, sino que lo resucite en el último día. Y la voluntad de mi Padre que me envió es ésta: Que todo aquel que ve al Hijo y crea en él, tenga vida eterna: y yo le resucitaré en el último día.»

Segunda parte: El pan espiritual es el mismo Jesucristo

han visto a Jesús y no creen (4)

La obra de Dios es que creais en Aquel que El envió

Piden a Jesús una prueba: (3)

Jesús le llama al Pan del cielo... verdadero

.. que es El mismo

Jesús guarda lo que le dió el Padre, para resucitarlos en el último día..

... y que tengan vida eterna, como es voluntad del Padre que le envió

(2) Réplica al «non quia vidistis signa» (no porque habéis visto milagros). Con estas palabras provoca Jesús la cuestión que va a explicar.

«En el inciso final (τοῦτον γὰρ ὁ Πατήρ ἐσφράγισεν ὁ Θεός) el significado de σφραγίζειν es controvertido. Hay unos que dicen, refiriéndose a Joh. III, 33 (Él que ha recibido su testimonio, signavit que Dios es veraz: «Dios lo ha marcado con su sello por el testimonio que le ha dado; los milagros son como el sello con que Dios le ha marcado» (Véase I Cor., IX, 2 y Rom. IV, 11). Hay otros que hacen esta paráfrasis: «Dios ha impreso en la naturaleza humana de Jesús la naturaleza divina, de suerte que la divinidad es como el sello de la humanidad.» Quizá basta, sin tratar de precisar demasiado, decir con San Agustín: «Proprium quiddam illi dedit ne ceteris comparetur hominibus.» Este es la marca definitiva del sello con que el Padre lo ha señalado.»

(3) Puede, a simple vista, causar verdadera sorpresa el hecho de que los mismos que han sido beneficiados con la multiplicación de los panes y los peces, pidan ahora a Jesús pruebas de su misión. Sin embargo, por las palabras que les acaba de decir, han comprendido que acaba de afirmar de sí que es el Mesías. Por otra parte, como esperan que el Mesías ha de restaurar el Reino de Israel y ellos acaban de chocar con la resistencia de Cristo a que le proclamen rey, parece ser que por esto le piden una prueba de la Escritura: «Moisés, dícenle, dió de comer a nuestros padres el maná que descendía del cielo. Si, pues, tú eres el Cristo, danos de comer manjar celestial, como Moisés.»

(4) Esta llamada a la fe, dice también San Cirilo, no es diferente de la apelación al Pan de Vida.

Supone el P. Prat, con otros expositores, que el contenido de este discurso eucarístico tiene tres distintos escenarios, lo cual parece desprenderse del mismo texto de San Juan: es el primero de ellos la ribera del mar de Tiberíades, en la Betsaida próxima a Cafarnaúm, y el auditorio de Jesús lo constituyen las turbas que le habían buscado después del milagro de los panes y que al fin le encontraron; el segundo escenario es la sinagoga de Cafarnaúm, como se deduce de las expresiones del versículo 60 «esto dijo en la sinagoga de Cafarnaúm», teniendo a judíos porfiados y hostiles como interlocutores; y, finalmente, se concluye el discurso en algún lugar, fuera de la sinagoga, ante discípulos desconcertados y apóstoles entristecidos.

Con el cambio de escenario se escalonan las afirmaciones de Nuestro Señor y sus apelaciones a la fe que reclama de su auditorio: primero: «Yo soy el pan de vida: el que a mí viene, no tendrá hambre, y el que en mí cree, no tendrá sed.» Se corresponde con la petición de fe: «Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él envió.» Segundo: «Yo soy el pan vivo que descendí del

cielo.» «Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo.» «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día.» «Porque mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida»; expresiones que se corresponden con la llamada a la fe de su auditorio: «Y la voluntad de mi Padre que me envió es ésta: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna.»

Con estas afirmaciones se escalona también la reacción de sus oyentes: primero, de extrañeza e incomprensión; después, de estupor y escándalo. Cuando les dice finalmente que han de comer verdaderamente su carne y su sangre, y «Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, no tendréis vida en vosotros», el escándalo llega al grado extremo. «Durus est hic sermo». Duro es este razonamiento. Y muchos de sus discípulos le abandonan.

Entonces, Jesús exige a sus apóstoles una confesión de fe, que en su nombre hace Simón Pedro: «Nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios».

Murmuran los judíos
Dice Jesús: Nadie puede venir a mí, si no lo trajere el Padre que me envió
Y serán todos enseñados por Dios
El que cree en mí tiene vida eterna
Tercera parte: ¿Cuál pan de vida?
1.º El maná y el pan vivo, Jesús

Los judíos, pues, murmuraban de él porque había dicho: «Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo.» Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? Pues ¿cómo dice éste: «Que del cielo descendí?» Mas Jesús les respondió, y les dijo: «No murmuréis entre vosotros: Nadie puede venir a mí, si no le trajere el Padre que me envió: y yo le resucitaré en el último día. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Todo aquel que oyó del Padre, y aprendió, viene a mí. No porque alguno ha visto al Padre, sino aquel que vino de Dios, éste ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: Que aquel que cree en mí tiene vida eterna.»

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Éste es el pan que desciende del cielo: para que el que comiere de él, no muera. Yo soy el pan vivo que descendí del

cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente.

Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo. Comenzaron entonces los judíos, a altercar unos con otros, y decían: «¿Cómo nos puede dar éste su carne a comer?» Y Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebieréis su sangre, no tendréis vida en vosotros.

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida: y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me coma, él mismo vivirá por mí. Éste es el pan que descendió del cielo. No como el maná, que comieron vuestros padres, y murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente.»

2.º Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo (5)

3.º El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna

4.º El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él

5.º Este es el pan que descendió del cielo

Al llegar a este punto, el diálogo entre la incredulidad de su auditorio y la llamada que Jesús le hace a la fe, alcanza su más alto dramatismo: «No podía Jesucristo haber escogido términos más claros ni más precisos, ni más enérgicos, y aun nos atreveríamos a decir que ni más realistas, para enseñar el dogma católico de la presencia real.» Pues si hubiese tenido en la mente sólo una presencia virtual, o simbólica, o mística, no habría podido emplear términos más oscuros, impropios y contrarios al lenguaje corriente, ni más capaces de extraviar a las almas mejor dispuestas. ¡Comer su carne y beber su sangre! Esto lo repite hasta nueve veces en cuatro versículos, aun sirviéndose de un sinónimo, intraducible a nuestras lenguas modernas y más rebelde aún al sentido metafórico. Los términos empleados por Jesús no pueden entenderse más que de la acción real expresada por esas palabras.

El Sacramento de la Eucaristía es el mayor de todos los Sacramentos. En la transubstanciación, el pan y el vino dejan de ser pan y vino para convertirse en cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo, el más grande de los misterios: *Misterium fidei*, lo llama San Pablo. ¡Qué cosa más incomprensible si no es a los

ojos de la fe! Todos los demás sacramentos conducen a éste, que es la fuente de la vida sobrenatural, o sea de la auténtica vida cristiana.

«Toda la vida, dice el P. Enrique Ramière, necesita el alimento proporcionado que repare las pérdidas que haya del ser viviente. A la vida divina correspondía, por tanto, un alimento divino como ella; pero estando, como estamos, compuestos de alma y cuerpo, convenía que este alimento espiritual se nos diera bajo una forma sensible. Por eso, la carne del Salvador, carne divina, penetrada del Espíritu Santo, y presente bajo los accidentes del pan, era el alimento más a propósito. Sustento inefable, que nos hace participar siempre con creces de la plenitud de Dios. No es una carne muerta y puramente material la que comemos: tal carne de nada nos serviría; sino viva, espiritual, vivificante, carne del Verbo de la vida que estaba en el Padre en el principio, poseyendo en sí la vida de cuanto tiene ser acá en el tiempo. Carne divina, que, uniéndose a nuestra carne, nos hace vivir la vida de Cristo, como Cristo vive la vida de su Padre.

Por ella, además, adquirimos perfecta unidad con todos nuestros hermanos.»

(5) Un lector superficial encontrará posiblemente que Jesús no hace otra cosa que repetirse. En realidad, él se ha mantenido hasta aquí en las fronteras del misterio; ahora penetra a él y nos introduce consigo. Cuando decía que él era el Pan de Vida, el Pan vivo, el Pan descendido del Cielo, se veía claramente que hablaba de su persona, pero aun no se sabía cómo nos serviría de alimento. Y ahora dice que ese Pan es su propia Carne y que su Carne debe ser comida. No es posible engañarse sobre el significado de las palabras. El diálogo precedente fué sólo un preludio: durante él se propuso Jesús llevar paso a paso a los oyentes a la creencia del más con-

solador de todos nuestros misterios y a la noción del verdadero Pan de Vida, sin atacar de frente las ideas preconcebidas y los prejuicios pertinaces. De la misma táctica había usado ya: con Nicodemo, para mostrarle la necesidad de un nuevo nacimiento por el agua y el Espíritu; con la samaritana, para explicarle la naturaleza de esta agua viva que apagó para siempre nuestra sed de felicidad. Al principio, nociones generales, y oscuras, por lo tanto, que provocan una serie de preguntas y respuestas, produciendo poco a poco la claridad, hasta llegar a la luz completa.

III. CONSECUENCIAS DEL DISCURSO DE CAFARNAUM

Esto dijo en la sinagoga, enseñando, en Cafarnaum. Mas muchos de sus discípulos que esto oyeron, dijeron: «Duro es este razonamiento, y ¿quién lo puede oír?» Y Jesús, sabiendo en sí mismo que murmuraban sus discípulos de esto, les dijo: «¿Esto os escandaliza? Pues, ¿qué, si viereis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El espíritu es el que da vida: la carne nada aprovecha. Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son.

Mas hay algunos de vosotros que no creen.» Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de en-

tregar. Y decía: «Por esto os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado por mi Padre.» Desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás, y no andaban ya con él.

Y dijo Jesús a los doce: «Y vosotros, ¿queréis también iros?» Y Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.» Jesús les respondió: «¿No os escogí yo a los doce, y el uno de vosotros es diablo?» Y hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón: porque éste, que era uno de los doce, le había de entregar.

Durus est hic sermo

¿Esto os escandaliza? les emplaza para el día de la Ascensión

Las palabras de Jesús son espíritu y vida

Amargura de Jesús

Muchos discípulos le abandonan

Jesús a los Apóstoles

Confesión de Pedro

(Texto de *Los Evangelios concordados* del Cardenal Dr. D. Isidro Gomá)



La ofrenda de Melquisedec

(De un lienzo de Teodorico Bouts)

LA EUCARISTIA COMO FIN DEL UNIVERSO

EL UNICO CULTO DIGNO DE DIOS

Juan Vázquez de Mella y Fanjul, nacido en Cangas de Onís (Asturias), el 8 de junio de 1861, es una de las primeras glorias del pensamiento católico español contemporáneo. Su vida entera fué una entrega total a la defensa de la Iglesia y de los postulados básicos sobre que se asentó la grandeza de la España católica. Diputado a Cortes por espacio de muchos años hizo de la política instrumento y medio de su apostolado. El recinto del Parlamento y las tribunas más elevadas en todos los campos oyeron palabras elocuentísimas, donde la verdad católica era expuesta y defendida frente a los ataques sistemáticos de todos los adversarios. De él se puede suscribir lo que dice un Obispo español, prologuista de su obra gigante: «Al admirar al orador eximio, no quede preterida su más saliente y característica condición, no se olvide que los recintos donde vibraba su palabra, plazas, ateneos, teatros, academias, adquirían momentáneamente la majestad del templo por la emoción religiosa que transmitía siempre Mella a sus auditorios; que en él se fundían el sabio, el filósofo, el pensador, el poeta, el tribuno, pero como pedestal del apologeta; que, político y alma de un partido, jamás se valió de la política sino para engrandecer la patria, y no buscó el engrandecimiento de la patria sino en sus benditas tradiciones religiosas. Apláudase, por lo tanto, a Mella como mago de la palabra y gloria nacional, y coloso de la tribuna, y verbo de la raza; pero llámesele, para darle su más exacto y verdadero nombre, el paladín invicto de la Iglesia, el apologeta más grande, más elocuente, más glorioso que con el rodar de las centurias ha tenido en España la Religión del Crucificado.»

CRISTIANDAD presenta hoy a sus lectores algunos breves fragmentos del discurso que Mella pronunció en Madrid, en julio de 1911, a raíz del Congreso Eucarístico celebrado allí durante el Pontificado de Pío X, el Papa de la Eucaristía, y también de su ensayo sobre la Filosofía de la Eucaristía, cuyo mejor elogio fué pronunciado por el Cardenal Reig, Arzobispo de Toledo y Primado de España, quien lo presentó al Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Nueva York el año 1927. «La mayor representación de España en el Congreso — escribía emocionado a Mella — será su trabajo.»

HAY una altísima doctrina teológica, grande y magnífica, que tiene sus raíces en el Evangelio de San Juan y en el *Instaurare omnia in Christo*, de San Pablo, y que, con una tradición continuada de grandes doctores, y afirmada por la escuela franciscana con teólogos como Alejandro de Hales y pensadores como Raimundo Lulio, cuenta con místicos como Fray Luis de León y ascetas como San Francisco de Sales, los cuales sostienen que la Encarnación es el fin primario de la creación; y aunque, dada la caída del hombre, es fin esencial la Redención, aun sin la culpa la Encarnación se hubiese realizado.

¿En qué se funda? Seguid atentos los anillos de esta argumentación. Dios no puede obrar más que para recibir perfecciones o comunicarlas. Lo primero es absurdo, pues, si las recibiera, dejaría de ser infinito. Luego obra para comunicarlas. Pero, existiendo una distancia infinita entre los seres creados y Dios, no pueden reflejarle completamente. La esencia divina, imitada pálidamente en las semejanzas remotas de todos los seres, no puede jamás ser reproducida, por mucho que se multipliquen todos los existentes y posibles.

El original será siempre infinito, y las copias borrosas y limitadas. Y como Dios no puede perder sus atributos, porque son incommunicables, ¿cómo podrá comunicar su perfección y reflejarse adecuadamente? No pudiendo reproducirle la variedad de los seres y no pudiendo desprenderse Él de sus atributos, no queda más que un medio: comunicarse Él mismo; y no hay mayor comunicación que asumir en sí todos los seres, sin confundirlos entre sí y sin confundirse con ellos. Y esa unión sólo se puede hacer con la naturaleza humana, porque sólo el hombre es *microcosmos*, mundo pequeño, el compendio de todo lo creado, que se une por sus facultades superiores con el mundo angélico, y por la vida sensitiva y vegetativa y la composición de su cuerpo con el mundo inferior; y asumir su naturaleza y unirla hipostáticamente en la persona del Verbo es unir por modo *eminente* todas las cosas. Y me

atrevo a añadir más, continuando esa sublime doctrina y respondiendo quizá al pensamiento que parece centellear en las exposiciones y en los himnos de un gran doctor (Santo Tomás de Aquino): La unión hipostática del Verbo podía ser dilatada, por decirlo así, en otra unión que fuese como su complemento. Si, en estas cuestiones que están sobre toda cuestión, fuese permitida, sólo por hacerlas más asequibles, cierta libertad de lenguaje, yo diría que a la unión hipostática de la naturaleza humana en la persona del Verbo correspondía, como una *multiplicación* de la Encarnación, la unión, por decirlo así, *individual* de Cristo con los hombres, comunicándoles la substancia misma de su cuerpo y haciéndoles participantes de su vida, para concluir que, si en la Encarnación Dios es *humanado*, en la Eucaristía el hombre es *deificado*, y que ella, como la unión más íntima y perfecta a que pueden llegar lo humano y lo divino, es el fin del Universo.

El Cristianismo es la síntesis más portentosa que ha brillado entre los hombres; la inteligencia humana, en los más altos pensadores, no ha llegado ni siquiera a los linderos de esa fe; él resuelve todos los problemas que se refieren al origen, a la naturaleza, al destino, a las relaciones con la sociedad y con los hombres; y esa síntesis suprema es un encadenamiento de misterios y de verdades naturales que con ella se unen y enlazan, de tal manera que la Eucaristía supone la Encarnación, la Encarnación supone la Creación, y la Creación, manifestación *ad extra* del esplendor divino, la Trinidad, y todas ellas la existencia del Ser infinito, que todo lo contingente proclama. Era necesario que viniese un misterio, resumen de todos los misterios, una síntesis de todas las síntesis; y el Cristianismo entero se resume en el Catolicismo, porque el Cristianismo sin el Catolicismo no es más que una herejía, una forma mutilada de la verdad que no puede vivir sin tener en cuenta aquel manto de donde ha sido arrancada. Por eso todos los heresiarcas, y todas las herejías, y todos los jirones desprendidos de la Iglesia, para arreglar sus dis-

crepancias, tienen que mirar de continuo, como relojes descompuestos, al cuadrante de la Iglesia Católica, que encierra sus dogmas y su culto en el Sacramento de la Eucaristía.

La síntesis eucarística y el valor del sacrificio

(...)

Buscad en todos los anales de los pueblos una religión que haya sospechado cosa semejante: querer darle culto a Dios por Dios mismo, querer darle un culto de un valor infinito; eso no cabe en la concepción humana, eso sale de los límites de la razón, y la razón lo demuestra. Por eso el centro de todos los dogmas cristianos, la esencia del Catolicismo, es el sagrado dogma de la Eucaristía; y fué necesario que viniesen aquellas herejías modernas, atacadas ya del virus racionalista, para que se atreviesen contra ese dogma; que, lo que es en los herejes de la Edad Media (a excepción de alguno que por cierto murió creyente, como Berengario), no encontraréis negado ese dogma. Se atrevían con todos los dogmas, y había un cierto pavor sagrado por el que hasta los heresiarcas mismos se inclinaban ante el Tabernáculo, pavor que era demostración indirecta de que allí estaba Dios, velado por los accidentes eucarísticos. Así se da el caso de que permanezca

el dogma en la herejía griega como una protesta contra las negaciones protestantes, que vinieron muchos siglos más tarde. Si miráis a la Iglesia Católica en el conjunto de su historia y en lo que abarca simultáneamente en la hora presente, la veréis extendida por todos los Continentes, penetrando todas las razas, hablando todos los idiomas; porque para ella no hay fronteras naturales, no existe ni el río, ni la cordillera, ni el mar; todo lo penetra; es la organización internacional más vasta que conocieron los hombres, y hace cerca de dos mil años que está en pie; y, desde que salió de las Catacumbas, teñida en sangre, hasta que llegó a dominar los solios y a salvar a Europa e informar toda la civilización, esa Iglesia, que vive en medio de una controversia y de una lucha perpetua que no ha cesado jamás, porque no ha reposado un solo día, si la examináis en el conjunto de su doble jerarquía de jurisdicción y de orden, terminadas en el vértice del Pontificado, ¿qué observáis? Miradla bien, y veréis que, unas veces sombreada por las tempestades de la persecución y otras iluminada con los resplandores del triunfo o sacudida por el ciclón de la impiedad o por el oleaje de la revolución, es una inmensa, gigantesca custodia, en cuyo centro está Dios vivo, sobre el ara del Altar en donde se consume el sacrificio incruento que eleva todos los días la humanidad regenerada.

La Realeza de Cristo y los Congresos Eucarísticos

Pío XII en el Radiomensaje al Congreso Eucarístico de Guatemala (23 abril 1951)

«Cuando a fines de la pasada centuria, y con la intención peculiar de promover y consolidar el reinado social de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, comenzaba, casi tímidamente y entre no escasas dificultades, el movimiento de los Congresos Internacionales, ¿quién hubiera podido pensar que aquella Asamblea de Lilla — junio de 1881, — con toda su modestia, estaba llamada a ser el primer eslabón de una cadena gloriosa, que había de enlazar todos los continentes y todas las naciones en una sola expresión de amor, de gloria y de exaltación triunfal, como la que estamos viendo en nuestros días?»

Pío XI en la Encíclica «Quas Primas»

«No hay que pasar en silencio que sirvieron de modo maravilloso para afirmar solemnemente esta regia potestad de Cristo sobre la sociedad humana los numerosísimos Congresos Eucarísticos que ha habido costumbre de reunir en estos nuestros tiempos, con el fin precisamente de que, convocados los pueblos ya de cada diócesis, región, nación, ya de todo el mundo, para venerar y honrar a Cristo Rey oculto bajo los velos Eucarísticos, saludasen en común a Cristo, que les ha sido dado divinamente como Rey, por medio de sermones en las asambleas y en los templos, de adoración en común del Augusto Sacramento públicamente expuesto, y de magníficas procesiones. Diríase con muchísima razón que el pueblo cristiano, movido de cierto divino impulso, quiere reponer en la plenitud de sus regios derechos, a Jesús, triunfalmente sacado del silencio y como escondimiento de los templos por las calles de las ciudades, a aquél que los impíos no quisieron recibir al venir a su propiedad.»

AQUESTA ETERNA FONTE ESTA ESCONDIDA
EN ESTE VIVO PAN POR DARNOS VIDA

Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe

Que bien sé yo la fonte que mana y corre,
Aunque es de noche
Aquella eterna fonte está escondida,
Que bien sé yo dó tiene su manida,
Aunque es de noche.
En esta noche oscura de esta vida,
Que bien sé yo por fe la fonte frida,
Aunque es de noche.
Su origen no lo sé, pues no le tiene,
Mas sé que todo origen de ella viene,
Aunque es de noche.
Sé que no puede ser cosa tan bella,
Y que cielos y tierra beben de ella,
Aunque es de noche.
Bien sé que suelo en ella no se halla,
Y que ninguno puede vadealla,
Aunque es de noche.
Su claridad nunca es oscurecida,
Y sé que toda luz de ella es venida,
Aunque es de noche.
Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
Que infiernos, cielos riegan y las gentes,
Aunque es de noche.
El corriente que nace de esta fuente,
Bien sé que es tan capaz y omnipotente,
Aunque es de noche.
El corriente que de estas dos procede
Sé que ninguna de ellas le precede,
Aunque es de noche.
Bien sé que tres en sola una agua viva
Residen, y una de otra se deriva,
Aunque es de noche.
Aquesta eterna fonte está escondida
En este vivo pan por darnos vida,
Aunque es de noche.
Aquí se está llamando a las criaturas,
Y de esta agua se hartan, aunque a oscuras,
Porque es de noche.
Aquella eterna fonte está escondida,
En este pan de vida yo la veo,
Aunque de noche.

San Juan de la Cruz



YO SOY EL PAN DE VIDA

ESTE ES EL PAN QUE DESCIENDE DEL CIELO: PARA QUE EL QUE COMIERE DE EL NO MUERA. YO SOY EL PAN VIVO QUE DESCENDI DEL CIELO. SI ALGUNO COMIERE DE ESTE PAN VIVIRA ETERNAMENTE. (Ioh. VI)



Laicismo y Cristiandad, términos incompatibles

Creo que no es descubrir nada nuevo, por ser harto evidente, decir que la Sociedad de nuestros días es esencialmente laica. Si procedemos a unir mentalmente aquella estructura social e ideológica de los siglos medios llamada Cristiandad con el conjunto de realidades que en los órdenes del pensamiento y de los hechos constituyen lo que es nuestra Sociedad, lo que con más fuerza ha de saltar a la vista es el abandono y desaparición del signo de Dios y de su Iglesia, que inspiraba y como trascendía toda realidad en aquellos remotos tiempos.

Verificada la ruptura del espíritu humano y quebrada la Cristiandad por obra de la Reforma, se sucedieron luego, a lo largo de los cuatro últimos siglos, una serie de profundos fenómenos que nos marcan la ruta que siguió el pensamiento y que conocemos con los nombres de Racionalismo, Enciclopedismo y Liberalismo, y que fueron conformando poco a poco la realidad social del mundo civilizado hasta llegar a la situación de hecho de nuestros días.

Y no es que el Protestantismo pueda considerarse hoy con una vigencia tal que pueda oponerse a la del Catolicismo, pues conocido es el cuadro general de descomposición y la clara derivación al agnosticismo que presenta en los países más representativos de la Reforma, pero sí hizo posible con aquella ruptura de la Cristiandad la existencia de una pluralidad de religiones, en medio de la cual el catolicismo hubo de alternar en plano de igualdad con las demás, así como sancionó la separación de la Iglesia y el Estado y la libertad espiritual de los hombres para prestar a Dios el culto que estimaran conveniente con arreglo a los dictados de la propia conciencia.

Tales son los rasgos que configuran la posición mental del hombre moderno. El máximo peligro de esta situación de hecho es la infiltración de tal posición en el mundo católico, que se traduce en el sentido de su aceptación como tesis y no como hipótesis aplicable a las sociedades que se encuentran señaladas por un estado de anarquía espiritual.

El liberalismo de la pasada centuria fué un claro ejemplo, y la Iglesia hubo de recopilar la doctrina católica que a él se oponía, en el *Syllabus* y en una buena serie de documentos pontificios. Pero lo que nos interesa resaltar es que desde el campo católico surgieron varios hombres de pensamiento que trataron de aceptar la situación de hecho presentada por el mundo moderno como una conquista de la razón y el espíritu de libertad que era necesario armonizar con la doctrina tradicional de la Iglesia.

En nuestros mismos días hemos vuelto a comprobar la pervivencia de esta tendencia a la aceptación de la situación de hecho presentada por el mundo moderno, y un grupo de hombres que salen de las filas del pensamiento católico intentan la construcción de toda una estructura política y social que, bajo el nombre, cargado de contenido religioso, de Nueva Cristiandad, recoja los supuestos del laicismo vigente en nuestros días. Un artículo publicado en la revista *Lumen*, de la Agrupación Católica Universitaria de La Habana (julio 1948), pone de relieve todo lo que hay de peligroso en esta posición y la facilidad con que ha de engendrar la confusión en los lectores católicos al aparecer como representativa de un pensamiento ortodoxo. Encuentra ejemplos de ello en Maritain, Bloy, Bernanos y Péguy, que han sido presentados, sin embargo, como «perfectos guías y modelos de católicos».

Al destacar los rasgos principales de estos «Cuatro Evangelistas de la Nueva Cristiandad» pone en evidencia su incompatibilidad con el auténtico pensamiento de la Iglesia.

El primero de estos rasgos que señala es el *liberalismo*. Es curioso el parentesco cercano que descubre con esa doctrina, cuyas principales tesis —separación entre Iglesia y Estado y concesión a todas las religiones de igual libertad de culto— han sido repetidas veces condenadas por la Iglesia. En esa Nueva Cristiandad que se proyecta se quiere «asegurar a todos los ciudadanos la más plena libertad religiosa», en oposición a lo que se ca-

lifica de intolerancia y se recoge, con plena aceptación, la situación presentada por el mundo moderno a que antes nos referíamos.

En segundo lugar, es característica común a todos ellos la *arrogancia*, por el alarde de desprecio con que se trata a los que son considerados como adversarios. Añádese a esto el *mimetismo social y mundano*, es decir, el constante prurito de alabar a los autores que son favorecidos por la popularidad, aun cuando sean reconocidos como enemigos de la Iglesia, con el correspondiente contrapunto de silenciar o denostar a los que han sido y son los auténticos representantes de ésta; de este modo se presentan ante la pública opinión como *inconformistas*.

Esto se complementa con su *exclusivismo*, dado que leen o recomiendan la lectura de aquellos autores que se encuentran cercanos de su audaz posición, mutilando de este modo el fecundo caudal de pensadores católicos que a lo largo de los siglos han suministrado abundante y sana doctrina.

Todo esto es claro ejemplo de laicismo, pero es necesario destacar este rasgo separado de todos los demás, pues que es en ellos un motivo constante el de dar en olvido las decisiones eclesiásticas so pretexto de *exclusivismo* y de *dogmatismo*. Se olvidan así de a quién corresponde en rigor el gobierno y la enseñanza dentro de la Iglesia, desconociendo la autoridad de sus legítimos representantes. Maritain ha construido su ideal de la Nueva Cristiandad como *profano-cristiano*, en oposición a la que denomina *sacral* y que, vigente en la Edad Media, no considera viable en nuestros días. Es claro el deseo de Maritain de englobar en esta sociedad nueva, en su intento de querer mezclar lo laico y lo cristiano, fieles e infieles, creyentes e incrédulos, cristianos y paganos, del mismo modo que la Sociedad de nuestros días brinda el ejemplo de una completa confusión.

Difícil intento este de darnos una Cristiandad con aires de novedad, incluyendo en su seno los postulados y los supuestos de una sociedad que no pertenece al catolicismo, pues nace de la ruptura de la unidad de ese mismo catolicismo. Es la infiltración del espíritu del tiempo en la vida católica.

Pero no nos dejemos engañar y recordemos que «la ciudad no será construida de otra forma sino según aquella por la cual Dios la construyó: la sociedad no será edificada si la Iglesia no le pone las bases y no dirige los trabajos; no, la civilización no está ya para ser inventada, ni la nueva ciudad construida en las nubes. Ella existió y existe: es la Civilización cristiana, es la ciudad católica.» (Carta *Notre Charge* de Pio X a los obispos franceses.)

Fernando Murillo Rubiera

Pocos españoles con preocupación religiosa puede haber que no sientan curiosidad por el desenvolvimiento del Catolicismo británico. No es extraño este interés, dadas las especiales circunstancias que residen en el caso de Inglaterra, que durante más de un siglo ha dirigido la política del mundo, se ha enfrentado, si bien hábil e inteligentemente, con la causa del catolicismo, y ha aportado a la cultura actual el materialismo práctico, suprema razón que ha informado su constitución histórica. Todo esto, unido a la profunda diferencia entre la vida inglesa y la nuestra, justifica más aún el interés de los españoles, tanto más cuanto que, como pueblo, no hemos gozado de sus simpatías.

Es difícil hacer un estudio profundo y sistemático de todo el catolicismo británico: para eso sería necesaria una verdadera tesis de actualidad sociológica; pero si es posible reflejar impresiones subjetivas, nacidas de la observación, inevitablemente enfocada hacia lo que preocupa y despierta curiosidad.

Para tener una idea exacta del medio en que se mueve el catolicismo británico es conveniente señalar algunos aspectos del país, que pueden estimarse como características de su naturaleza. El protestantismo no tuvo su cuna en Inglaterra, pero ha sido allí donde ha recibido su «espaldarazo» y donde ha adquirido rango universal como movimiento religioso, dándose, además, la circunstancia de que en su origen no influyeron motivos de índole trascendente, sino simplemente «prácticos». Esto no es extraño, ya que el «materialismo práctico» es un producto típicamente inglés, y en el país y sus áreas de influencia es donde más se ha contribuido a quitar del protestantismo el contenido aparentemente teórico e idealista para dejar su auténtico fondo de materialismo descarnado, o fe exclusiva en la acción humana, raíz de la democracia.

Precisamente el factor de psicología nacional que más ha caracterizado a Inglaterra ha sido la subordinación a lo útil, lo realmente práctico y materialmente conveniente de las actividades humanas. Así, la constitución de su imperio y su evolución política están impregnadas de sentido práctico. Esto no debe criticarse por sí solo, bien al contrario: en cuanto implique un sentido de perfección debe admirarse; pero si es objetable cuando a ese «utilitarismo» se han subordinado y relegado fines más trascendentes del hombre. Otro hecho hay que señalar, que quizá es el más grave defecto de Inglaterra en sus relaciones públicas, especialmente internacionales: la pretensión de justificar su actuación hacia otros países —con finalidad gene-

El catolicismo británico

Impresiones de un viaje

ralmente y hasta comprensiblemente egoista— por razones altruistas, tan hábilmente utilizadas, que hacen difícil ver el sofisma que implican y que sin duda ha sido el motivo de los calificativos con que se ha designado su política exterior. También aquí merece señalarse otra característica inglesa, que, aunque no es de aparente utilidad práctica, al ser manejada por los gobernantes con habilidad ha sido beneficiosa para la política nacional: su sentimiento de superioridad racial que justifica en su conciencia toda acción política con el argumento de que el «British rule» beneficia a los pueblos más que su autodeterminación, de lo que están convencidos la mayor parte de los británicos incluso hoy día.

Todos estos hechos hacen de especial interés para los católicos españoles el conocimiento de la realidad inglesa, que encarna un mundo distinto, con una escala de valores diferentes. Sólo es necesario advertir que este conocimiento debe ser sincero, o sea buscando y presentando los hechos como son, no como se querría que fuesen para justificación de las tesis propias, defecto en el que con tanta frecuencia se incurre, sin advertir los peligros de tal actitud, que, como todas las que buscan el camino fácil, sólo tiene una apariencia de éxito, pero, en definitiva, es perjudicial. Si se está seguro de lo que se defiende, debe hacerse frente a todas las situaciones y no eludirlas. ¿Cuántas veces se encontrará que lo en apariencia contradictorio tiene una clarísima ex-

plicación, que confirma la postura sostenida, mientras que el haber sorteado el escollo sin abordarlo de frente sólo hubiese servido para dar argumentos al adversario?

Lo más fácilmente visible del sentimiento religioso en un país extraño son las iglesias.

Llegando a Inglaterra desde España se observa un indudable contraste en los templos católicos, en su número, al menos en relación con los barrios ricos de las poblaciones españolas, ya que no es fácil percibirlos, aunque en realidad nunca falta uno a una distancia cómoda. Esto se refiere a Londres, y en cuanto a los pueblos hay muy pocos en que no exista una iglesia católica. El latino en Inglaterra se sorprende ante la «frialdad» del ambiente de los templos católicos, con escasez de imágenes policromadas, por influencia, sin duda, del protestantismo. Mas, por otra parte, hay que hacer notar la auténtica y profunda devoción de los fieles, en los que se puede apreciar recogimiento y unción. El número de personas que acuden a la iglesia es bastante elevado, no ya en las fiestas de precepto, sino en cualquier día y a horas en que no se celebra ninguna función religiosa. Dato, curioso, que choca con la mentalidad española, es el anuncio desde el púlpito de bailes parroquiales, o la fijación de avisos en el pórtico expresando la conveniencia de asistir a esos bailes. Esto se explica por el daño que hacen al catolicismo británico los matrimonios mixtos y la necesidad de favorecer las ocasiones de que los jóvenes católicos frecuenten su mutuo trato. El grado en que esto se siente lo refleja una nota aparecida en un semanario católico hace unos meses, en que se expresaba la conveniencia de celebrar bailes interparroquiales, ya que en muchas ocasiones el ámbito de una parroquia era demasiado limitado para la eficacia de los fines que se perseguían.

Un segundo extremo en la observación del catolicismo es el de *los católicos*. Aunque parezca una paradoja, dada la idea que se tiene de Inglaterra como país eminentemente protestante, los católicos forman el grupo religioso más fuerte y alcanzan la cifra de más de tres millones y medio (1), sobre un total de cincuenta.



Cardenal Manning

(1) Inglaterra, Escocia y Gales.



Newman

El mayor coeficiente lo da Escocia, donde para 5.200.000 habitantes hay 720.000 católicos. La Iglesia Anglicana, en cambio, según datos no oficiales, cuenta con sólo dos millones de miembros efectivos, y las demás sectas son aun más reducidas. Esta proporción tiende a aumentar, no ya solamente por el número de conversiones, sino por el mayor coeficiente de natalidad, aunque no excesivamente acusado, de los católicos y, sobre todo, su mayor cohesión, pues aunque algunos, como es lógico, sean poco o nada practicantes, o practicantes de modo meramente formal, lo más frecuente es que el que se diga católico lo sea de verdad, con voluntad positiva; en cambio, el protestante no pasa de serlo nominalmente, sin que sus convicciones sean firmes, ni, sobre todo, tenga el menor sentimiento de «partidismo» religioso. El protestante, salvo casos especiales, se siente sobre todo demócrata, y, como tal, sus principios morales le dicen que la religión ocupa un puesto secundario en la escala de principios que deben influir en las decisiones de la vida humana, al ser algo personal sin valor público y externo; en consecuencia, equipara la «afiliación» a un credo religioso al apoyo a un club de fútbol, o la afición a un deporte. Como además la religión, y en especial su práctica, «ni siquiera es divertida», el protestante de hoy abandona en seguida sus creencias religiosas y se convierte en un indiferente, no exactamente en un ateo que niega o ataca a Dios, sino en un hombre que no tiene tiempo de una cosa de tan segundo orden y tan poco subyugante desde el punto de vista material como es Dios. Aunque no es de origen inglés, ni es fácil que todavía se pueda pronunciar sin llamar la

atención, el espíritu que impera en el subconsciente del país, y que es la expresión descarnada del sentido democrático de la vida, es la frase oída a un hombre de negocios sueco en cierta ocasión: «Suecia, al ser el país más civilizado del mundo, no tiene apenas personas con creencias religiosas.»

Al observar a los católicos resulta del mayor interés conocer «quiénes son». Una parte importante procede de Irlanda, de donde sin duda ha recibido gran influencia el catolicismo británico, aunque a muchos les cueste creerlo por la convicción de superioridad con que se mira a los irlandeses, consecuencia de los siglos de dominio. Los irlandeses ocupan en general, en Inglaterra, posiciones subalternas—un coeficiente muy elevado del servicio doméstico—, y así surge una de las facetas del catolicismo británico, que es la de ser «religión de pobres», ya que ha sido propagada a muchos obreros y personas de clases socialmente inferiores. Este hecho, que tanto destaca del de España, explica el gran número de católicos que militan en las filas del laborismo. Otro grupo importante, que compone su verdadera aristocracia, es el de los que permanecieron fieles a la Iglesia desde el comienzo del protestantismo, soportaron las persecuciones y perseveraron en su fe, que está en general vinculado a familias de cierta condición social, especialmente de la «gentry» y a las personas con ellas relacionados. Un tercer grupo puede establecerse con los recién convertidos, en un número y calidad notable, intelectuales o personas de pensamiento propio, que han llegado por convencimiento al catolicismo. Las conversiones, que han sido y siguen siendo importantes (en 1950 alcanzaron la cifra de 70.000 personas), son una de las grandes palancas que cuenta para el futuro la Iglesia inglesa. Es frecuente leer en los periódicos noticias de conversiones de personas de cierto relieve en la vida pública o profesional, e incluso de muchos pastores protestantes. Estas conversiones proceden de un modo especial de la Iglesia Anglicana. Un cuarto grupo es el de las personas de origen extranjero (a los irlandeses no puede considerárseles como tales), que aun cuando tienen cierta importancia en número, parece que son los que ofrecen más peligro de desvío o indiferencia, por no estar suficientemente «vacunados» contra el virus ambiente. de raíz democrática que lleva a la indiferencia religiosa, contra el que los fieles ingleses están ya totalmente inmunizados.

¿Qué posiciones ocupan los católicos en la estructura del país? Aunque en parte esta pregunta queda contestada en el anterior párrafo, presenta

peculiaridades que ofrecen interés. Además del núcleo importante de obreros, servicio doméstico, o con ocupaciones inferiores, a que ya se ha hecho referencia, en la vida de negocios se tiene ocasión de encontrar un número bastante alto de católicos, por lo menos superior al que podría normalmente esperarse; y entre los «barristers» se dice que la mayor parte son o católicos o masones, debiendo tenerse en cuenta que la profesión de «barrister» (abogado en ejercicio) es una de las más consideradas en Inglaterra, y que, por su sistema de admisión, es muy difícil que vayan a ella quienes no pertenezcan a clases superiores. Hoy día, en la política hay católicos importantes, siendo uno de los principales lord Pakenhan, personalidad de mucho relieve del partido laborista y ministro en el actual gobierno. En el Parlamento son 18 los diputados de religión católica. También en la vida intelectual han destacado de modo importante figuras católicas, como Belloc y Chesterton, cuya influencia en el pensamiento británico es indudable.

En la época moderna la prensa periódica refleja con mucha precisión la fuerza de las ideas, y a pesar de las falsedades a que puede estar sometida, es un medio para conocer lo que representa. Naturalmente, la prensa informativa o sensacionalista se rige por leyes especiales, y en ese sentido no siempre coincide con la opinión política de los que la leen, y así, en Inglaterra, la mayor parte de la prensa diaria es conservadora, a pesar de que el país es, o por lo menos ha sido durante un largo periodo, laborista. Pero, claro, en núcleos determinados y en prensa dedicada a defender opiniones o intereses, esto no existe. Así, la prensa católica activa es un buen medio de juzgar el catolicismo. Aparte de boletines parroquiales u órganos de defensa en áreas regionales, existen dos importantes publicaciones católicas, «The Tablet» y «The Catholic Herald». Ambas son semanales; el primero es un órgano de orientación general en que aparecen ensayos de temas contemporáneos, revistas de libros, crónica de países, controversias, etcétera; el segundo es un órgano de información católica. Los dos aparecen al público los domingos. El «Catholic Herald» está a la altura de los restantes periódicos dominicales (téngase en cuenta que ese día no se publican diarios), salvo que su información se circunscribe a los problemas de interés católico. «The Tablet», con otra finalidad y orientación, puede compararse, de presentación, cuerpo de redacción, profundidad de pensamiento, y lo que pudiera llamarse «rango intelectual», con cualquiera de los de su clase, como son «The Spec-

tator», «The New Statesman & Nation», «Tribune», «The Economist», «Time & Tide» y algún otro. Su difusión es amplia y hay pocos quioscos de periódicos en que no se encuentre. Indudablemente es un órgano apropiado del pensamiento católico que lo ayuda a divulgarse por todo el país, y que contribuye de modo importante al prestigio de la Iglesia.

Después de estas consideraciones relativas a las manifestaciones activas de la vida católica, resulta interesante hacer alguna referencia a su situación pasiva, o, dicho en otras palabras, a la reacción de la nación ante el catolicismo.

El objetivismo y la orientación materialista del país británico en la actualidad hace que la primera característica que puede señalarse respecto al catolicismo es la de indiferencia. Durante muchos siglos, Inglaterra, y el pueblo inglés, ha odiado al catolicismo, pero para ello era necesaria una preocupación religiosa que ahora no existe. Hoy, el inglés medio, no católico, se limita a compadecer a quienes en estos tiempos, en que es necesario dedicar todas las energías de la persona a la resolución de los problemas materiales de la «subsistencia», pierden el tiempo en actividades religiosas, y estima a la Iglesia Católica del país como a una organización de indudable fuerza, de alto prestigio moral, pero sin contenido actual, siempre reminiscencia de otros tiempos y de otros países poco aptos para las condiciones de la época moderna. A la Iglesia Católica Universal no la entiende ni se molesta en hacerlo, aunque estima su organización y la fuerza que puede oponer al progreso del comunismo, en lo que él y sus conciudadanos pueden beneficiarse. Pero que no se crea que la admira por ello; simplemente, aprovecha su energía, y hasta en muchos casos tiene un sentimiento semejante al que podría experimentar una persona que se encuentra, en un momento de peligro, protegida por otra que emplea para defenderse medios que el defendido ha reprobado en otras ocasiones.

Un hecho que refleja esta especial situación es la actitud de la B. B. C., que, según crítica del sector anglicano reflejada en muchos periódicos, sólo presta atención, en sus emisiones, a difundir opiniones católicas o claramente ateas. Esto, dicen, no puede tolerarse en un órgano oficial de un Estado «oficialmente» anglicano; pero sin duda la B. B. C. está en lo cierto, y de ese modo recoge fielmente la realidad, entendiendo que las únicas posiciones espirituales que pesan hoy en la vida inglesa son el catolicismo y la «arreligiosidad», y dando la importancia que se merece, que es muy reducida, a los simples vestigios formalistas de la teórica religión oficial. El valor de ese hecho es mucho mayor del que puede suponerse, pues demuestra cuál es la última y necesaria conclusión a que se llega con los principios protestantes: la negación de Dios por los hombres y la interpretación de todos los problemas de la vida desde puntos de vista puramente materiales.

Otro hecho de apariencia intrascendente, pero que señala el valor subconsciente que tiene el catolicismo en la naturaleza humana, es el de la preferencia de las mujeres no católicas —ni siquiera por lejana simpatía— a buscar marido católico, que saben son los únicos que aportan al matrimonio la estabilidad que ese estado requiere, al no admitir el divorcio. Esto es algo más que una manifestación de sentido práctico: es un poderoso elemento de prueba de que la posición católica no sólo se justifica por un mandato divino, sino que es connatural al modo de ser humano y a la vida de relación para la que el hombre está creado.

Por su especial resonancia es oportuno citar uno de los problemas dialécticos que recientemente han afectado al catolicismo británico, como quizá a los católicos minoritarios de otros países: el del movimiento de unión de las iglesias cristianas y los efectos de la proclamación del Dogma de la Asunción. Durante unos meses el mundo protestante se ha rasgado las vestiduras ante la nueva mues-

tra de intolerancia de Roma al atreverse a proclamar un nuevo dogma, agrandando así las diferencias para llegar a una comprensión mutua y posible unión entre las Iglesias cristianas. Ante ese estado de cosas, y dejando a un lado los argumentos de índole trascendente acerca de si a los principios fundamentales pueden subordinarse tácticas políticas, o si la unión, como se quiere por muchos protestantes, es posible para la Iglesia Católica, o implicaría igualarse en condición al error y la herejía, cabe preguntarse: ¿Desde un punto de vista material, en qué puede beneficiarse el catolicismo con unirse a los protestantes? Parece que sólo puede darse una respuesta, que es «nada», ya que mientras la Iglesia Católica ofrecería un espíritu, un número de fieles capaces de derramar su sangre por una idea, una unidad doctrinal y dogmática, en fin, un potente cuerpo lleno de vitalidad y con un «gran futuro», los protestantes sólo aportarían un espíritu de duda, una cantidad inapreciable de fieles con voluntad de serlo, y entre éstos una mayoría de simples histéricos religiosos, y una anarquía doctrinal. Verdaderamente, algo de tan poco valor material que no merece ni el más insignificante sacrificio. Así, visto desde Inglaterra el problema, nadie puede acusar a la Iglesia Católica de obrar imprudentemente. Toda unión de Iglesias que no sea alrededor de ella, sería su derrota, no ya por lo que representaría la Verdad a la altura del Error, sino porque hasta en el plano político de la Iglesia como «organización» o «corporación» no interesa la unión con quienes sólo podrían prestarle el servicio de contaminarla de sus podredumbres y arrastrarla en su caída.

Para dar fin a estas observaciones sólo queda desear al catolicismo británico, que venciendo las dificultades que por el ambiente encuentra, continúe la lucha de «reconquista» que tiene entablada y consiga el triunfo para la Iglesia en su país, del que tantos beneficios podría esperar en ese caso la Cristiandad.

Ignacio Hernando de Larramendi

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

Dedicatoria (pág. 217) ★ **Parte dispositiva de los Decretos dados bajo el Pontificado de Pío X** (págs. 218 y 219) ★ **El Papa de la Encíclica «Pascondi» adquiere actualidad palpitante y benéfica** (pág. 220) ★ **Yo soy el Pan de Vida** (págs. 221 a 225) ★ **La Eucaristía como fin del Universo.—El único culto digno de Dios** (págs. 226 y 227) ★ **Aquesta eterna fonte está escondida en este vivo pan por darnos vida**, San Juan de la Cruz (pág. 228) ★ **EL BIELDO Y LA CRIBA: Laicismo y Cristiandad, términos incompatibles**, por Fernando Murillo Rubiera (pág. 230). — **El catolicismo británico**, por Ignacio Hernando de Larramendi (págs. 231 a 233) ★ **Discurso del Sumo Pontífice al «Congreso del Movimiento Universal para una Confederación Mundial»** (pág. 234) ★ **La Cruzada de Occidente: Estrategia**, por C. (págs. 235 a 237) ★ **De la Quincena religiosa**, por Hinmanu-Hel (págs. 237 y 238) ★ **De la Quincena política**, por Shehar Yashub (págs. 238 a 240)

ADVERTENCIAS. — CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que pueden serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de grabados originales de CRISTIANDAD sin indicar su procedencia.

Discurso del Sumo Pontífice al «Congreso del Movimiento Universal para una Confederación Mundial»

(6 de Abril de 1951)

Conmovido por vuestra deferente iniciativa, os dirigimos, señores miembros del Congreso del «Movimiento Universal para una Confederación Mundial», nuestro cordial saludo de bienvenida. Nuestro vivo interés por la causa de la paz en una humanidad tan duramente atormentada os es bien conocido. De ello hemos dado frecuentes pruebas. Es por otra parte inherente a nuestra misión. La conservación o el restablecimiento de la paz ha sido siempre y continúa siendo cada vez más el objeto de nuestra constante solicitud. Y si hartos a menudo los resultados no han respondido a nuestros esfuerzos y a nuestros actos, la falta de éxito no nos desanimará jamás, mientras la paz no reine en el mundo. Fiel al espíritu de Cristo, la Iglesia tiende a ella y por ella trabaja con todas sus fuerzas; lo hace por medio de sus preceptos, sus exhortaciones, su acción incesante y sus continuas súplicas.

La Iglesia, es, en efecto, una potencia de paz, por lo menos allí donde se respeta y aprecia, en lo que vale, su independencia y la misión que de Dios tiene encomendada; allí donde no se la busca para hacer de ella una dócil sirviente de los egoísmos políticos, allí donde no se la trata como enemiga. Quiere la paz, su obra es de paz, y su corazón está con todos aquellos que como ella la desean vivamente y se le consagran. Más aún, sabe y este es su deber, discernir entre los verdaderos y falsos amigos de la paz.

La Iglesia quiere la paz y por eso se aplica a promover todo aquello que dentro de los límites del orden divino natural y sobrenatural contribuye a asegurarla. Vuestro movimiento, señores, se dirige a realizar una organización política eficaz del mundo. Nada más conforme con la doctrina tradicional de la Iglesia, ni más adaptado a sus enseñanzas acerca de la guerra legítima o ilegítima, sobre todo en las presentes coyunturas. Es, pues, necesario, llegar a una organización de esta naturaleza, aun cuando no sea más que por acabar con la carrera de los armamentos, que, decenas de años ha, arruina y agota a los pueblos.

Es vuestra opinión, que para ser eficaz, la organización política mundial debe ser de forma federalista. Si entendiéis por ello que debe liberársela del engranaje de un unitarismo mecánico, también en ello estáis de acuerdo con los principios de la vida social y política, propuestos firmemente y sostenidos por la Iglesia. De hecho ninguna organización del mundo podrá ser viable sino se armoniza con el conjunto de las relaciones naturales, con el orden normal y orgánico que rige los destinos particulares de los hombres y de los diversos pueblos. Sin ello, cualquiera que fuese su estructura le será imposible sostenerse y durar. Es por esto por lo que Nos estamos convencidos de que el primer cuidado debe ser establecer sólidamente o restaurar dichos principios fundamentales en todos los órdenes: nacional y constitucional, económico y social, cultural y moral.

En el orden nacional y constitucional. Por todas partes, actualmente, la vida de las naciones se disgrega por el culto ciego al valor numérico. El ciudadano es elector, mas como tal, él no es en realidad sino una de las unidades

cuyo total constituye una mayoría o una minoría, que el desplazamiento de algunos votos, uno sólo tal vez, bastará para invertir. Para los partidos, sólo cuenta por su valor electoral como la unidad que representa su voto; su lugar y su papel en la familia y en la profesión no es problema.

En el orden económico y social. No hay ninguna unidad orgánica natural entre los productores, desde que el utilitarismo cuantitativo, la sola consideración del precio de coste, es la única norma que determina las leyes de producción y distribución del trabajo, desde el momento que es la «clase», la que reparte artificialmente los hombres en la sociedad, y no la cooperación en la comunidad profesional.

En el orden cultural y moral. La libertad individual, emancipada de todos los vínculos, de todas las reglas, de todos los valores objetivos y sociales, no es en realidad, sino una anarquía mortal, sobre todo en la educación de la juventud.

Mientras no se haya afirmado sobre esta base indispensable la organización política universal, se corre el riesgo de inocularle a ella misma los gérmenes mortales del unitarismo mecánico. Nos quisiéramos invitar a la reflexión, precisamente desde el punto de vista federalista, a quienes piensan en aplicarlo, por ejemplo, a un parlamento mundial. De otra forma harían el juego de las fuerzas disolventes, por obra de las cuales ha padecido ya demasiado el orden político y social; ellos no conseguirían más que añadir un nuevo automatismo legal a tantos otros que amenazan ahogar a las naciones y reducir al hombre a mero instrumento inerte.

Si pues, en el espíritu del federalismo la futura organización política mundial no puede, bajo ningún pretexto, dejarse llevar en el juego de un mecanismo unitario, no gozará de una autoridad efectiva mas que en la medida que ella salvaguarde y favorezca por todas partes la vida propia de una sana comunidad humana, de una sociedad cuyos miembros todos concurren de consuno al bien de la humanidad entera.

¡Qué dosis de firmeza moral, de inteligente previsión, de flexibilidad de adaptación deberá poseer esta autoridad mundial, necesaria más que nunca en los momentos críticos en que frente a la malevolencia, las buenas voluntades necesitan apoyarse en la autoridad! Después de todas las pruebas pasadas y presentes ¿se osaría juzgar suficientes los recursos y los métodos actuales de gobierno y de política? En verdad es imposible transformar el problema de la organización política mundial sin consentir en desviarse algunas veces de los caminos trillados, sin recurrir a la experiencia de la historia, a una sana filosofía social e incluso a una cierta adivinación de la imaginación creadora.

He aquí, señores, un vasto campo de trabajo, de estudio y de acción; vosotros lo habéis comprendido y os habéis situado sin temor frente a él. Tenéis la valentía de consagraros a ello; Nos os felicitamos, os expresamos nuestros deseos de que lo llevéis adelante e imploramos de todo corazón sobre vosotros y sobre vuestra tarea las luces y el auxilio de Dios.

ESTRATEGIA

HEMOS tratado por todos los medios a nuestro alcance, en el curso de estos años decisivos, de desentrañar el sentido oculto o real de la política de los distintos países del mundo.

Pacientemente hemos desgranado nuestro argumento, a medida que íbamos entendiendo el fondo y forma de estas distintas políticas que se han venido sucediendo. Hemos así enjuiciado a unos y a otros sin desviarnos de los estrictos dictados de nuestra fría razón.

Al enjuiciar al comunismo y a sus secuaces, no hemos tenido dificultad. La causa del mal se nos ha presentado, desde los primeros momentos, como suficientemente clara y expresiva. La trayectoria de falsía y tortuosidad de una política destinada a desintegrar material y moralmente las sociedades cristianas, que consideramos dentro de la cultura de Occidente, no podía sorprendernos.

Lo que sí nos sorprendió desde un principio, y ha venido ocupando preferentemente nuestra atención en el curso de estos años cruciales, ha sido y es la inexplicable actitud de las llamadas democracias. Desde un principio, y todavía ahora, estos pueblos irreductibles frente al fascismo italogermano, siguen intimidados o complacientes haciendo el juego comunista y colaborando, con una eficacia inigualada, a la labor desintegradora de Moscú.

La necesidad de entender esta incomprensible desviación, nos ha llevado a ir, cada vez más, profundizando causas y efectos, hasta llegar a situar nuestro pensamiento en un plano lo suficientemente elevado para poder enjuiciar la situación sin nieblas bajas ni accidentes peculiares de los primeros términos.

Hemos llegado a conclusiones suficientemente claras, y las hemos expuesto de la mejor manera que hemos podido. Pretendemos así haber desenredado suficientemente la madeja de tanto sofisma para poder expresarnos en forma adecuada. Conocidas las razones y denunciados los inductores responsables, ya no nos queda más que venir a esperar que la realidad venga, una vez más, a confirmar trágicamente la triste perspectiva que hemos proyectado.

Nuestra inquietud, sin embargo, nos lleva más lejos. Somos arte, pero, desgraciadamente, también parte de esta inmensa tragedia, y no podemos, por tanto, sentirnos espectadores cuando la realidad nos hace intérpretes activos de este drama del mundo. Siendo esto así, debemos continuar trabajando en la medida de nuestras fuerzas, aportando a la causa común el tímido destello de nuestras pobres luces.

Seguimos viendo a estas grandes democracias acumulando nuevos errores a los antiguos, sin desviarse un ápice de la teoría de colaboración con la causa del mal. Esto nos lleva, no sólo a denunciar y definir, sino también, y más objetivamente, a exponer cuáles puedan ser las distintas medidas de defensa que a nosotros nos sugiere el conocimiento a que hemos llegado del concepto del «bien».

Así, como conocemos y hemos denunciado la estrategia del mal, también entendemos que el bien puede definirse de manera adecuada. Este es el fin de este escrito.

El comunismo y la larga estela de afinidades democrático-socialistas, vive de y para la desintegración. La futura sociedad Cristiana deberá de partir de la integración. Con esto y así empezamos a definirnos. Esta nueva sociedad, que para que nos entendamos denominaremos Cristiandad, debe iniciar su rectificación mediante la clara y contundente afirmación previa de acatamiento y dependencia de Dios Nuestro Señor como principio y fundamento de una nueva y trascendental estrategia.

Así, integrados en Dios y unidos más unos a otros por tan fundamental aglutinante, el esfuerzo coordinado puede producirse. Contra la indiferencia de Dios del materialismo, la afirmación de Dios de la Cristiandad.

Esto que queda tan sencillamente expuesto, y que parece, en cierto modo, una ingenuidad, no sólo no lo es, sino que constituye la piedra fundamental del edificio de la nueva sociedad de pueblos.

Así lo han entendido los del bando contrario, y así ha podido apreciarse al comprobar la saña iconoclasta con la que, desde los primeros momentos de la ocupación de un país conquistado, se han lanzado a la destrucción del culto y respeto de Dios. Han entendido que llegado el momento final de desintegración y de sometimiento, las sociedades cristianas vendrán necesariamente a reagruparse bajo el signo religioso de una cruzada, y quieren, desde ahora, desmontar el argumento de la futura reacción. Nosotros, por contra, debemos ya desde ahora proclamar alto y claro nuestra condición Cristiana y nuestra voluntad de sacrificio.

Es esta la segunda consigna. Voluntad de sacrificio, en superación del argumento materialista que engaña con la promesa del beneficio. Sacrificio frente a beneficio.

Esto que también parece un contrasentido será, dentro de poco, realidad inevitable. Realidad para malos y buenos, por cuanto lo que «ellos» ofrecen es mentira, y tan sacrificada será su condición como la nuestra, pese a la mentira que habrán propagado. Cuando la verdad de la obligación de sacrificio venga impuesta a unos y a otros, las gentes, finalmente, se decantarán del lado de la verdad y de quien la haya propagado. Hay que anunciar sacrificio, proyectando los haces de luz de una verdad insoslayable, frente a las nieblas artificiosas de una mentira infinita.

En tercer lugar es necesario desterrar definitivamente el *slogan* de «democracia», para dejar de engañar con él a los pueblos con la falsa visión de una libertad cada vez más irrealizable. Es preciso, por contra, predicar obediencia. Obediencia en lugar de libertad. Este es el tercer punto.

Esto no es retroceder el camino andado por la civilización. Es, simplemente, rectificar apresuradamente, abandonando el desvío democrático que nos llevaba al despeñadero comunista. En nombre de la libertad hablan todos cuantos la zahieren. La obediencia al designio de Dios y el acatamiento a sus consignas, es fruto del sedimento de culturas milenarias, que se oponen a la desviación democrático-materialista. Es ley de selección, infinitamente más importante que la ley de elección.

En cuarto lugar hay que dar estado de hecho y de derecho a la Iglesia de Cristo, como continuidad de Dios y prolongación y permanencia de su mandato. Es preciso dar estado oficial al hecho espiritual, para evitar así que el mundo caiga definitivamente en la condición inferior que depara el materialismo a todos cuantos se dejan deslumbrar por el becerro de oro de la vida cómoda. Hay que hacer esto rápidamente, para oponerse a que esta concepción materialista de bienestar continúe precipitando a las masas, impulsadas por la codicia o la desesperación, dentro de las fauces insaciabiles del comunismo. La masa no entenderá esto ahora, pero lo entenderá después, cuando el sofisma del materialismo deje de funcionar.

En quinto término es preciso venir a articular y proclamar una «doctrina de pueblos», que venga a definir la nueva relación que va a necesitar el mundo para que las distintas naciones se entiendan. Esta «doctrina de pueblos» es algo más importante que una improvisación de «Carta Atlántica», destinada a dar sentido de unidad y relación a pueblos sin unidad y sin sentido, que la aceptan como medio accidental de comprensión en momentos convulsos. La «doctrina de pueblos» deberá ser, por contra, ley fundamental de amor y relación entre los pueblos, como el Cristianismo es ley de amor y relación entre los hombres. Un mismo medio para un más amplio fin.

Sentados estos puntos que expresan sintéticamente lo que entendemos ser razones de fondo, podemos también otorgarnos la libertad de entrar a entender sobre problemas de forma, en estos momentos gravísimos en los que se desmorona el absurdo andamiaje construido en Yalta y Postdam, por la complicidad complaciente de dos formas distintas de un mismo materialismo. En su día denunciábamos la inconcebible mixtificación, hoy es hora que veamos cómo puede ser remediado aquel tremendo disparate. Si es que tiene remedio mientras subsistan, en los puestos claves del gobierno del mundo, los mismos hombres y las mismas incomprensibles políticas.

Suponiendo que, por un momento, la forma o fondo del concepto Rooseveltiano que culmina en Yalta y Postdam, remitiese para dar paso a una teoría consciente y razonable, ésta podría ser la siguiente:

El mundo unido por un ideal y mantenido unido por el supremo interés de la supervivencia de su cultura y civilización, debe de someterse al *orden único de una sola teoría política, tramado dentro de un mismo concepto económico y regido por una sola autoridad militar*.

Esto, que en principio parece una solución drástica, deja de serlo si se entiende como concepción de grandes líneas generales dictadas para todos y desarrolladas por cada uno. Así, cada nación entiende de su destino y cada gobierno desempeña su misión.

Es imposible, para los momentos que vamos a vivir, dejar en nombre de la libertad en libertad política a pueblos minados por las quintas columnas comunistas a menos que queramos seguir mintiendo la trágica realidad que vive el mundo. Si el mundo necesita de la unidad y concurso de todos los países, debe de estar ligado en forma que la sociedad de pueblos que constituya su núcleo defensivo no pueda ser minada por accidentes políticos o económicos. El concurso militar es fácil de obtener en momentos cruciales, pero esto no basta. Hemos visto desgraciada-

ACTUALIDAD

mente en múltiples y recientes ocasiones, como estas cooperaciones militares venían destruidas desde fuera y por debajo, y así, estos pueblos que ganaban las guerras, perdían invariable e irremisiblemente la paz.

La guerra trabaja necesariamente para el comunismo si los frutos de la victoria no fraguan en una paz nacida de una firme definición política y mantenidos por una perfecta ordenación económica. En nombre de la libertad es imposible obtener firmeza y continuidad en el gobierno de los pueblos, sometidos al vaivén de la variación democrática y llevado, por una inevitable ley de gravitación de masas, hacia la izquierda, que es el fin necesario al que van a parar los «menos» de la selección, desbordados por el número. Sin firmeza y continuidad, es imposible mantener la nave del Estado dirigida hacia rumbos de razón, entendiéndolo por rumbos de razón los que pueden marcar las selecciones humanas, destacadas de la masa abúlica por su propia valía.

Si admitimos la necesidad de un orden para que los pueblos puedan unirse y combatir, hemos de deshacer el desorden que nace de la teoría liberal en la política y que lleva a las sociedades humanas, por sucesivas y necesarias transigencias democráticas, hacia este desorden que denunciamos. Si entendemos esta ley como razón fundamental de esta unión, hemos de partir del principio de una limitación en las libertades políticas, sometiéndolas a los dictados de esta «doctrina de pueblos» que venimos proclamando para dar a la unión un sentido común.

Libertad política condicionada a las leyes del orden general es el principio opuesto a la pretendida libertad incondicionada, que tan bien sirve de vehículo al desorden social que lleva al comunismo. Una libertad condicionada es la «verdad» con la que debemos de oponernos a la «mentira» de una libertad sin condiciones. El pueblo «soberano» debe de entender, de una vez para siempre, su obligada condición de vivir sujeto a leyes morales, físicas, políticas y económicas. Estas leyes obligan a los pueblos y a los hombres a vivir un orden interior, sin el cual no puede pretenderse una paz social. El hombre exaltado por la demagogia a salirse de estas leyes, se convierte en promotor de desorden y en germen infeccioso de la sociedad a la que pertenece.

En nuestro plan estratégico entra la condicional de una política sujeta a las leyes estrictas de un orden común, y por contra, este plan entiendo ser necesaria la libertad económica.

Obsérvese que al decir esto seguimos propugnando por implantar teorías completamente opuestas a las del bando social-comunista, y esto sólo puede aceptarse como indicación de que éste es el verdadero camino.

La muerte de la iniciativa privada es la meta a la que aspiran llegar socialistas y comunistas, y ha sido también la más destacada característica del fascismo, que pertenece, como los otros sistemas, al campo de los que venimos en llamar izquierdas. Para ello se sirven estos regímenes de la palanca del intervencionismo estatal, mediante el cual, más o menos veladamente, se van minando las resistencias de la empresa privada, hasta llevarla exhausta e inerme a la claudicación de su absorción por el Estado.

Pues bien, si ésta es razón conocida del proceso de desintegración al que nos oponemos, sería una ingenuidad suicida por nuestra parte el no definirse en este sentido con toda claridad, y por esto decimos ser ley fundamental de esta nueva estrategia de los pueblos del mundo, la de una política condicionada *dentro de una economía libre*.

Los principios fundamentales de esta libre economía deben de aceptarse, no sólo en el sentido particular de la administración de cada país, sino en el más amplio y general de la relación de cada economía con la de los demás países. Estas leyes generales no deben entenderse limitativas de la libertad de cada administración más que en lo que representan de pauta o sistema trazado con fines de bien común, para evitar que esta administración caiga en el descrédito o desorden que tan bien sirve a los fines ocultos o claramente propagados del comunismo, y que son disgregación originada necesariamente por este desorden. Los fines de esta política vienen claramente expuestos por las propagandas rusas, que anuncian la crisis económica americana como signo inconfundible de que con ella habrá llegado el momento decisivo de la acción.

Por último debemos referirnos a la coordinación militar como necesidad fisiológica de esta cooperación defensiva frente a las fuerzas del mal. Nos detendremos menos al hablar de esta trascendental premisa, por cuanto cae por su peso la necesidad de un mando único y de una acción coordinada. Esto es más fácil de obtener, y de hecho ya se ha logrado, por cuanto no existe mayor ni mejor aglutinante que el miedo para obtener efectos de conjunto en los rebaños y en los hombres. Esto obedece más a un instinto que a una ponderada razón, y es el gesto supremo que sirve de ley a la inconsciencia cuando llega el momento del peligro inevitable.

Este es el momento o movimiento actual del mundo. Los pueblos que pretendían poseer condición civilizada se agitan alocados en todos sentidos por no haber sabido ver ni prevenir la trampa que el comunismo abría ante sus pies. Los pueblos se agitan ahora convulsos y alocados, pretendiendo improvisar lo imposible de defensas ante la inminencia del ataque coordinado de las fuerzas del mal. Es triste haber llegado a esta dramática conclusión de

que sólo un gesto animal es capaz de producir efectos aglutinantes en pueblos que pretenden navegar a la cabeza del conocimiento humano, atribuyéndose la sola calidad progresiva.

La realidad se nos antoja muy diferente de la que creían haber conseguido, en su ingenuidad, estos materialistas endémicos con su liberalismo racionalista. Este gesto gregario de pueblos incompatibles, unidos teóricamente por razones materiales, es la respuesta irónica que el destino depara a esta sapiencia atea de gentes que se entendieron «suficientes» para prescindir de Dios.

Ahora y frente al peligro inminente, los pueblos vendrán atropelladamente a improvisar unas defensas más o menos eficientes. Esperemos que esto sea así y que se llegue a tiempo de contener el alud.

No nos detendremos ahora sobre quién o cómo puede articularse este orden militar. Demos por conseguida esta finalidad ineludible y vamos a continuar desgranando nuestra teoría estratégica descendiendo al terreno de lo inmediato para emitir nuestro juicio sobre la forma de estos movimientos urgentísimos.

El orden militar de la guerra debe de preceder a la condición ineludible de la paz. Ahora bien, este orden de guerra debe ya, desde un principio, ajustarse a normas estrictas, sin las cuales la guerra puede posiblemente ganarse, pero que necesariamente harán que se pierda nuevamente la paz. Con esto entramos de lleno en lo que tratamos de comprimir bajo este inadecuado epígrafe de «estrategia».

Una improvisación de «Carta del Atlántico», que fué un instrumento redactado en pocos días por pocas personas, ya hemos visto para lo que sirvió. La definición de principios por los que se va a luchar y se ha luchado, debe ser encomendada a un organismo al margen de toda idea política y económica, por cuanto las razones que llevan al mundo a esta lucha de exterminio desbordan ampliamente el cauce de estas actividades. El motivo por el que se lucha entra dentro del cauce de la vida misma, y se refiere a la existencia y orden total de las sociedades humanas en todo el mundo. No es, por tanto, razonable atribuir a un país, por importante que sea su geografía o su destacada situación económica, la misión de decidir, inapelablemente, sobre el destino de la Humanidad toda. Esta misión, que roza inevitablemente los lindes de lo sobrenatural, debe ser encomendada a la Iglesia de Cristo, la cual debe dar los fundamentos iniciales de la «doctrina de pueblos», que servirá, en su día, de cuerpo doctrinal de la futura agrupación de pueblos.

Estas leyes previas fundamentales, deben lanzarse en forma de consignas de un movimiento religioso-militar, que cuadra perfectamente bajo el nombre de Cruzada. Que Cruzada va a ser, en efecto, el movimiento que van a desencadenar los pueblos de la Cristiandad para rescatar de la barbarie oriental los principios fundamentales de nuestra cultura y civilización. Al igual que en otros tiempos el guerrero rendía su espada ante el altar de Dios y velaba en el retiro de una noche precursora las armas destinadas a defender su causa, ahora también y frente a la más grave y grande batalla que ha librado la Humanidad, es preciso que los pueblos pidan a Dios la consigna que ha de llevarles a la lucha. El paralelo es adecuado, por cuanto las horas recogidas de oración y profundo pensamiento son la preparación mejor que el ser consciente pueda otorgarse para preceder al argumento decisivo de la acción que va a emprender.

Luchando por unas consignas conocidas y fraguadas en la imparcialidad de un estamento Católico y por ende universal, no pueden existir recelos ni producirse incompatibilidades. Una sociedad de naciones del mundo que se lance a una Cruzada para defender un supremo interés común, será una sociedad regenerada de sus copiosos pretéritos errores y sólo mediante una regeneración así puede borrar los tristes recuerdos de sus falsas anteriores probaturas. Para ello debe renunciar a sus codiciosas posturas políticas y económicas para refugiarse en el abstracto generoso de un renunciamiento en nombre de Dios y para bien del prójimo.

Esto que todavía puede parecer ingenuidad a los eternos materialistas, será, a no tardar, nuestro último recurso.

Estas consignas previas, que servirán de guión a la *Cruzada de la Cristiandad*, serán asimismo el punto de partida del profundo trabajo que vendrá a plasmar el concepto de lo que venimos en llamar «doctrina de pueblos».

Con esto podría quedar esbozada una síntesis y con ello podríamos dar por terminado este trabajo. No podemos, sin embargo, resistir al deseo de extendernos más para llegar, con nuestra gran inquietud y tristes presagios, a concretar sobre extremos que son ya términos inmediatos del accidente que sufrimos y que no podemos eludir.

Atentos a lo inminente, que precede de cerca a lo que en nuestra trayectoria estratégica tratamos de definir, no podemos susstraernos a lo que entendemos ser obligación nuestra de enjuiciar, implacablemente, los errores que se siguen cometiendo y de denunciar con ellos a los que siguen precipitando al mundo cristiano en manos de la desintegración comunista.

Consciente o inconscientemente (nosotros creemos más bien lo primero), existen políticas y políticos que actúan en forma tan adecuada a la estrategia del mal, que casi podríamos presentar estas actuaciones como parte habilísima del plan tramado por

Moscú o por quienes siguen, desde otro lugar, una línea paralela de negación y de exterminio.

Es ahora tiempo y razón de entender esto de una vez para siempre, y apenas lo es de parar en seco tales políticas y a tantos y tan culpables agentes mediadores. Llamamos así, y señalamos con un índice implacable, no tanto a quienes han sido ya designados por la realidad como agentes de Moscú, sino a todos cuantos, conscientes o inconscientes, han dado pie y forma a estas inconcebibles políticas de apaciguamiento con las cuales se ha desarmado y desorganizado a la Cristiandad, y se han abierto al enemigo todas las puertas y poternas de las fortalezas Cristianas de Oriente y de Occidente. Mientras subsistan los mismos hombres y las mismas inconcebibles políticas, la causa de la Cristiandad está vendida al enemigo.

El momento, desgraciadamente, es un momento militar del mundo, y es tiempo, y urgentísimo, el que no se demore ya la intervención directa y responsable de quienes van a mandar los ejércitos de la Cruzada. Exigimos esto porque malamente podría quedar entendida una estrategia que dejase al enemigo toda la iniciativa, abriéndole las puertas de todas las fortalezas.

El socialismo y todas sus afinidades, sean laborismos o fascismos, deben quedar al margen de toda función rectora en momentos en los que el mundo va a necesitar de la realidad de una intensa producción. Somos extremadamente generosos al residenciar a estas políticas por esta sola razón, ya que la función desintegra-

dora de estas «síntesis progresivistas» ha sido, y continúa siendo, la más eficaz ayuda que han recibido los rojos materialistas de Moscú.

Debe asimismo entenderse que este mundo deformado por tantas y tales presiones debe concebirse unido y coordinado para una acción trascendental, y es por tanto imposible admitir la presencia de intereses creados o ceder a la presión de falsos nacionalismos al trazar los rasgos firmes de la estrategia de guerra. Las posiciones perdidas por el abandono inconcebible de estas vacilantes o perversas políticas deben aceptarse como tales sin tratar de defenderlas con miras a una determinada conveniencia particular. Debe pensarse que Moscú especula sobre los vicios, que tan bien conoce, de esta sociedad capitalista para sus altos fines, y es necesario oponer a estas tortuosas maquinaciones la virtud de una intransigencia consciente.

El mundo, en su total dimensión, está al alcance de armas poderosas en poder de los dos bandos. El mundo, en su total dimensión, es asequible en un instante a toda noticia. Viviremos un momento de estrategia total, o vamos a sucumbir por no haber entendido esta nueva y dramática condición. La unión del enemigo nace del conocimiento de estas nuevas leyes. Nuestro personalismo nos lleva a persistir en antiguos errores.

Pedimos a la nueva estrategia la misión fundamental de imponer al mundo el sentido de esta nueva condición.

C.

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

EL MENSAJE DE SU SANTIDAD A LA ASAMBLEA DE LA ACCIÓN CATÓLICA

El Sumo Pontífice ha dirigido un mensaje a la Asamblea de la Acción Católica Italiana. El Papa recuerda que la Acción Católica no es algo nuevo, puesto que siempre se ha dado en la Iglesia la colaboración entre los seglares y la jerarquía eclesiástica, con subordinación de los primeros a los obispos y a aquellos a quienes los obispos tienen encomendada bajo su autoridad el cuidado de las almas. Con todo hace constar Su Santidad, que los dirigentes de la Acción Católica no deben considerarse como rodajes inertes de una máquina gigantesca, incapaces de moverse si no los hace girar una energía central. Señala que, ante todo, los dirigentes de Acción Católica deben ejercer influencia moral personal, conclíandose estimaciones y simpatías de modo que sus consejos, sus sugerencias y la autoridad de su experiencia merezcan el debido crédito cuando se trate de movilizar a las fuerzas católicas dispuestas para la acción. Declara que la Acción Católica no debe constituirse en organización política, pero proclama el derecho de los católicos a unirse en asociaciones de actividad política y social, sin olvidar nunca que la misión primordial de la Iglesia es religiosa. Su Santidad declara finalmente que, la Acción Católica debe adaptarse en los diversos países a las circunstancias particulares del lugar, pero que hay un punto en el que todos sus miembros han de ser iguales: en el sentir con la Iglesia y dedicarse a su causa, en obediencia a los obispos y filial sumisión al Pastor Supremo.

EL CONGRESO INTERNACIONAL DE LA UNDA.

Recientemente, del 26 de abril al 1 de mayo, ha tenido lugar en Ma-

drid el Congreso Internacional de la UNDA, nombre que distingue a la Asociación Católica Internacional de Radiodifusión y Televisión. Esta Asociación, fundada en 1928, quiere lograr a través de la radio la necesaria difusión del pensamiento y de la doctrina católicos y cuida, al propio tiempo, de promover la creación de organizaciones dedicadas a ese fin. El Obispo de Lausana, Ginebra y Frigurgo, monseñor Charrière, es el Prelado Delegado de la Santa Sede en la organización.

Las tareas del Congreso comprendían reunión de especialistas católicos de Radiodifusión y Televisión y Asamblea de la UNDA, propiamente dicha. A cargo de los Padres A. M. Avril, O. P., y A. Andrew, O. F. M., y del Dr. Hankard, se desarrollaron las siguientes ponencias en el curso de la reunión de especialistas: «La predicación religiosa», «La familia» y «La salvaguardia del hombre en el radioescucha y en el espectador».

Los trabajos de la Asamblea de la UNDA se centraron en torno a la discusión del reglamento por el que tendrá que regirse en adelante la Asociación. La UNDA cuenta entre sus miembros a representantes de cincuenta y un países.

Es ocioso poner aquí de manifiesto hasta qué punto y con qué amplísimas consecuencias influyan la radio y la televisión en la orientación política, moral y religiosa, del hombre actual. La conciencia de esa realidad es precisamente la que mueve a la Iglesia a impulsar todos los esfuerzos encaminados a convertir ese medio poderosísimo de influencia en instrumento de conversión y apostolado, como el que supone la UNDA, que vió confirmado su establecimiento en calidad de Asociación Católica Internacional, por carta de la Secretaría de Estado de su Santidad en 9 de diciembre de 1949.

LA O. C. I. C. Y LA CRÍTICA DE CINE

Copiamos de «Signo» la noticia que sigue, demostrativa del interés de los católicos por esta otra gran arma de propaganda e influencia en el mundo moderno del cine:

«En Madrid ha celebrado unas conversaciones con los críticos cinematográficos de la prensa madrileña el secretario general de la Oficina Católica Internacional del Cine, Mr. André Ruzskowski. Uno de los fines de su visita a España era preparar la participación española en las jornadas que sobre la crítica y su influencia en el público se celebrarán en Lucerna los últimos días de mayo, coincidiendo con el Consejo anual de la O.C.I.C., que se reunirá en dicha ciudad suiza. A España se le ha encargado la preparación de algunas ponencias que se discutirán conjuntamente por los críticos cinematográficos y que serán leídas en Lucerna.»

NECESIDAD DE ATENERSE A LAS INSTRUCCIONES DE LA CONGREGACIÓN DEL SANTO OFICIO RESPECTO A LA PARTICIPACIÓN DE LOS CATÓLICOS EN CONGRESOS INTERCONFESIONALES

Damos cuenta en esta crónica de las recientes directrices formuladas por su Eminencia el Cardenal Segura, Arzobispo de Sevilla, que recuerdan una importantísima instrucción de la Congregación del Santo Oficio y de las que se ha hecho eco en su número de 5 de mayo, la revista «Ecclesia», órgano central de la Acción Católica Española.

«Hoy día, dice Su Eminencia, se organizan con cualquier pretexto, una serie de conferencias dadas por oradores nacionales y extranjeros de cuya ortodoxia no se exigen las garantías necesarias y que se permiten una libertad de expresión que puede estar inficionada por las tendencias modernas que el Santo Oficio reprueba.»

ACTUALIDAD

Con finalidades apostólicas, unas veces y con la mira, otras, de establecer unas bases mínimas de acuerdo que permitan a todos formar en un mismo frente de batalla contra el que se dice enemigo común, se viene hablando de un tiempo a esta parte de la necesidad de implantar un clima de comprensión. Los hechos demuestran que el vocablo se presta con alguna frecuencia a equívocos. Y así no es raro el espectáculo de conferencias y congresos a los que asisten personas de distinto matiz confesional, que colocan en dudosa postura a los católicos que en ellos toman parte, en virtud de la adopción de acuerdos y actitudes, que invocando dicha comprensión, ponen en entredicho la Verdad única de la Iglesia. En los párrafos que siguen, el Cardenal Arzobispo de Sevilla, habla a propósito de reuniones internacionales de judíos y cristianos, de algo relacionado con lo que acabamos de señalar que puede hacerse extensivo a toda clase de congresos interconfesionales:

«No obstante el que estas reuniones internacionales de cristianos y judíos parezcan completamente inofensivas y sean lícitas, dado el fin que se les señala, sin embargo estos congresos y reuniones se ocupan de problemas pedagógicos al mismo tiempo que promueven la tolerancia religiosa y la perfecta igualdad de las diversas confesiones religiosas.

En el congreso de Friburgo, un

ponente ha sostenido que los jóvenes deben ser educados para tener «una actitud absolutamente indiferente respecto a la nacionalidad, a la raza y a la religión»... Como veis, la semilla que se siembra en estas reuniones, a primera vista amorfa, es siempre semilla de perdición; y prescindiendo ahora de lo referente a la nacionalidad y a la raza, puntos que exigen una más detenida exposición, queremos únicamente fijar vuestra atención en la actitud absolutamente indiferente respecto a la religión.

De este modo insidioso se pretende arrebatarse a la Iglesia Católica la juventud creyente, y con el señuelo de la libertad de pensamiento y de la independencia de criterio se la quiere aherrojar en errores tantas veces condenados por la Iglesia.»

EL CONGRESO DE LA OFICINA INTERNACIONAL CATÓLICA DE LA INFANCIA

Bajo la presidencia del Doctor Pla y Deniel, se ha celebrado en Toledo una reunión extraordinaria del Tercer Congreso de la Oficina Internacional Católica de la Infancia. En el curso de la sesión se dió lectura a un telegrama del Substituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad, en el que se expresaba la complacencia del Sumo Pontífice por el homenaje recibido del Congreso y se significaba al propio tiempo el deseo de Su Santidad de que las tareas propias de aquél produjeran copiosos frutos.

El profesor Bondet, de Francia, pronunció una conferencia sobre el tema «Situación actual de la formación del padre y de la colaboración del educador en la familia». El Cardenal Arzobispo de Toledo dijo en un breve discurso, que en esos momentos de odios entre los pueblos y, tal vez más, entre los que les gobiernan que entre los pueblos mismos, es consolador que se celebren Congresos como este, cuyo fin y denominador común es la preocupación por la infancia. Habló asimismo de la colaboración entre padres y maestros y dijo que la Iglesia ve con mucha complacencia esta labor piadosa.

RESTABLECIMIENTO DE LAS RELACIONES DIPLOMÁTICAS ENTRE LA SANTA SEDE Y LA REPÚBLICA FILIPINA

La prensa periódica se ha hecho eco de la viva satisfacción causada en el pueblo católico filipino por la noticia del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre este país y la Santa Sede.

El Nuncio apostólico ha declarado por medio de un mensaje aparecido en un diario católico, que las relaciones que se acaban de establecer contribuirán a una mayor comprensión y a una colaboración más fecunda para la creación de un mundo en el que la justicia y la caridad, el orden y la paz, prevalezcan al fin sobre el odio y el caos.

HIMMANU-HEL

DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Mac Arthur no es infalible. - Lo que sabe el señor Reynaud - La fórmula Bevan. - ¿Con España? ¿Sin España? - «Una gallina en el agua». - Naciones blandas y duras. - La piedra de la nostalgia.

Del 22 al 26 de abril

MAC ARTHUR NO ES INFALIBLE

Los organismos oficiales de Washington han pasado al contraataque. Ello puede constituir un indicio de que las palabras del general Mac Arthur han dado, en algunas de las cuestiones tratadas en su discurso del Capitolio, en un blanco certero. Pero también representa que el Presidente Truman y sus inmediatos colaboradores se hallan dispuestos a luchar hasta el fin, y que cuentan con argumentos que si bien son insuficientes para justificar su conducta en esa extraña guerra de Corea, pueden poner en un aprieto al general.

Una de las primeras reacciones de la Casa Blanca ha sido la de dar a conocer a través del corresponsal del «New York Times» en Washington, unos datos importantísimos de la célebre entrevista de la isla Wake entre Truman y Mac Arthur.

En esta relación se precisa que el general Mac Arthur expresó al Presidente norteamericano su convencimiento en una victoria rápida en Corea, afirmando que no creía en una intervención directa ni de la China comunista ni de la Unión Soviética.

Claro está que estas precisiones no constituyen ninguna novedad, pues en el recuerdo de todos viven todavía las terminantes manifestaciones de Mac Arthur asegurando que los soldados bajo su mando en la península coreana, podrían celebrar la Navidad en sus respectivas casas. ¡Y eso contra las repetidas y tajantes palabras de Pekín de que no consentirían en modo alguno que los norteamericanos se establecieran junto a sus fronteras!

Por esta razón resulta interesante el comentario de un cronista italiano en la capital estadounidense: «Lo que publica el diario de Nueva York no añade gran cosa a los hechos ya conocidos por lo menos in-

directamente, pero han de llamar sin duda la atención del pueblo norteamericano sobre la falta de previsión de Mac Arthur, que el mundo entero lamentó, con ocasión de la crisis surgida en Corea a finales del pasado año, es decir, haber hablado jaetanciosamente de victoria definitiva y de vuelta al hogar para las Navidades, haber excluido absolutamente por adelantado la intervención de China, y sufrir una terrible derrota que costó mucha sangre.» Y añade el cronista: «Esto debe demostrar a los americanos que el general está muy lejos de ser infalible y que sus previsiones deben ser acogidas con extremada cautela» («Il Popolo»).

Sin embargo, la acogida triunfal de Mac Arthur por parte del pueblo de los Estados Unidos, revela que también acoge con cautela extrema la política y la actuación de sus actuales dirigentes, por lo menos en lo que se refiere al desarrollo de la guerra de Corea y a las relacio-

nes con la URSS, la China roja y Formosa. Porque lo cierto es que la convicción del Presidente Truman, fácilmente deducible de los conceptos vertidos en su discurso explicativo de la destitución del general, sobre la posibilidad de un entendimiento con los comunistas y la cancelación «razonable» del conflicto coreano, se ha demostrado hasta ahora carente de todo fundamento.

El ministro británico de Defensa, Emanuel Shinwell, se lamenta de que el Gobierno comunista chino haya despreciado las sugerencias que se le han hecho para una paz negociada en Corea. Para terminar con unas significativas expresiones: «Hemos de enfrentarnos con el hecho de que el mundo está inquieto, desordenado y en un ambiente de gran tensión, y de que podría suceder cualquier cosa.»

¿Cuál es en el fondo la verdadera naturaleza del conflicto Truman-Mac Arthur?

¿PAZ NEGOCIADA EN COREA?

«No habrá en Corea espacio suficiente para colocar cruces blancas sobre las tumbas de los soldados intervencionistas, si no se pone término a la actual lucha», ha dicho el adjunto soviético Gromyko en la sesión 38ª de la Conferencia reunida en París. Anteriormente, el propio Gromyko había advertido que «hay un gran remedio para las preocupaciones de las potencias occidentales en Corea: retirarse de allí y volver a sus casas.»

Estas gravísimas palabras del representante del Kremlin —que en otra época cualquiera hubiese significado el rompimiento total entre las potencias interesadas y posiblemente la guerra—, fueron escuchadas por los representantes de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia con la mayor impasibilidad, como si no comprendiesen el significado de la tremenda y cínica advertencia del portavoz de Stalin.

Sin embargo, hubo un momento en el transcurso de la intervención de Gromyko en que los delegados occidentales manifestaron su asombro y su repulsa. Dijo Gromyko: «Cuando se escuchan los discursos de Churchill y otros caníbales y abogados de Churchill en el Gobierno laborista, hay que preguntarse si tienen todavía una conciencia y un honor (1). Defender las declaraciones de Churchill es defender la agresión, ya que Churchill ha incitado a la guerra contra la Unión Soviética. Escuchando a Churchill y a sus abogados caníbales, como el señor Davies, hasta Cleopatra hubiese enrojecido.» Al oír estas palabras los representantes occidentales protestaron airados, y el señor Davies, adjunto británico, tan claramente aludido, solicitó la intervención de la Presidencia.

Pero, ¿cómo el señor Davies y los restantes adjuntos occidentales no

(1) «Gromyko aludía al discurso pronunciado por el señor Churchill en los Comunes el día 19 de abril, en el que abogaba por un refuerzo substancial de la marina y de la aviación norteamericanas en el Mediterráneo, con el fin de prevenir un ataque ruso» («Gazette de Lausanne»).

protestaron ante la firme amenaza contra los soldados de sus respectivos países destacados en Corea? ¿Cómo no reaccionaron frente a la irónica propuesta de la URSS para poner término al conflicto coreano?

La Unión Soviética viene repitiendo términos rotundos que la solución de la guerra de Corea depende tan sólo de la evacuación de aquella península por parte de los Estados Unidos y de sus aliados. Truman, Acheson, los miembros del gobierno laborista y otros personajes políticos del mundo occidental, insisten en asegurar que todavía es posible una paz negociada con los dirigentes rojos de Pekín.

¿Quién tendrá razón?

LO QUE SABE EL SEÑOR REYNAUD

Un periodista de la International Press Association ha preguntado al señor Reynaud ex presidente del Gobierno francés, si creía inmediata una tercera guerra mundial. He aquí la «sagaz» respuesta del político francés: «Lo lógico sería que los soviets declarasen la guerra antes de que las fábricas e industrias norteamericanas se hayan dedicado de nuevo a la producción de guerra... En la carrera de armamentos, los rusos se saben vencidos de antemano. ¿Esperará Rusia para declarar la guerra? Es muy posible. Por una parte, teme los efectos de la bomba atómica y de las nuevas armas secretas norteamericanas.» ¡Pero hay otro «argumento» más poderoso! «Stalin —dice Reynaud—, tiene setenta y un años... El mariscal, título que se adjudicó durante la última guerra, es un mariscal victorioso... Por eso parece dudoso que quiera arriesgar su nombre y su gloria de jefe victorioso ruso, desencadenando una guerra que sabe perdida.»

Nos gustaría saber por cuenta de quiénes habla el señor Reynaud. Si las bombas atómicas que poseen los Estados Unidos son suficientes para evitar que la URSS declare la guerra, ¿a qué viene el rearme occidental? Y si la vejez de Stalin y su aureola le impiden lanzarse a una guerra que «sabe» por adelantado que no puede ganar, ¿a qué viene la propaganda occidental anunciándonos periódicamente la probabilidad de una agresión soviética?

¿Y a qué vienen los discursos y declaraciones periódicas del señor Reynaud?

LA FÓRMULA BEVAN

Aneurin Bevan ha sido capaz de hacer, en opinión de un corresponsal, «lo que nunca en la Historia ha hecho un socialista», es decir, dimitir su cargo ministerial y marcharse.

Al parecer, Bevan está hastiado de los Estados Unidos y exige una política socialista integral. No obstante, «si en Inglaterra ha sido posible un ensayo de seis años de socialismo, con dientes de porcelana, lentes y peluquines, se debió únicamente a la munificencia americana que ha pagado diariamente la cuenta del banquete. Ese ha sido el empréstito de 3.750 millones, ya ar-

chivado en la cuenta de incobrables; el Plan Marshall hecho, no a la medida de Europa, sino de las necesidades personales de Attlee, Bevan y Bevin...» y otros planes y fórmulas de ayuda («El Correo Catalán»).

Pero la salida de Bevan del ministerio laborista podría significar que la revolución en la Gran Bretaña está ya en marcha, y que tal vez en las próximas elecciones generales una derrota de Attlee, tan ansiosamente esperada por Churchill, viniese irónica y trágicamente apostillada por el triunfo de la fórmula Bevan...

Del 27 de abril al 1.º de mayo

¿CON ESPAÑA? ¿SIN ESPAÑA?

Leemos en «El Correo Catalán» los siguientes fragmentos de un artículo publicado en la revista «The Saturday Evening Post», por el senador Pat Mac Carran:

«Pertenezco al grupo parlamentario que quiere levantar la cuarentena, trayendo a España a la Alianza Atlántica. O si esto envuelve muchos problemas internacionales, empezar a enviar a España radar y artillería antiaérea y dejar a las naciones del Pacto Atlántico que prueben después... Para incluir a España en el Pacto Atlántico necesitamos el acuerdo de sus miembros, o mejor dicho, de Inglaterra y Francia. Aquí encontramos objeciones no de los pueblos europeos, sino de los partidos políticos que no quieren romper los lazos que les unen con la banda que luchó del lado rojo en España. Porque la guerra civil española sigue librándose en Europa. En la Cámara de los diputados franceses, hay veinte hombres que lucharon en las brigadas internacionales. En el Gobierno de Italia, con altura ministerial, en su Parlamento y en su Administración civil hay doscientos veteranos del ejército rojo. Inglaterra no envió muchos, pero hubo una unidad de fuerzas rojas generalmente conocida como «compañía Atlee». En cada Gobierno de Europa hay hombres que dejaron sus países para luchar en España. Muchos fueron y son comunistas de Stalin» (2).

El artículo de Mc Carran insiste en una cuestión que al parecer reviste ahora el máximo interés en determinados círculos extranjeros, es decir, la cuestión del Mediterráneo. Según el corresponsal del «New York Times» en París, el más apremiante problema políticomilitar del momento consiste en la organización de la defensa del Mediterráneo. ¿Pero cómo ha de organizarse esa defensa? ¿Con España? ¿Sin España? La solución resulta práctica-

(2) Sobre la posición de España respecto del Pacto del Atlántico, dice una nota editorial: «Al cabo de los cinco siglos uno puede observar cómo los enemigos de la Reina Isabel continúan siendo los mismos que obstaculizaron la tarea armonizadora de España... Siguen latiendo, con otros nombres, los consejeros que creen que España, convaleciente de una toma de Granada —nuestra guerra liberadora— debe realizar una política de vuelo corto y casero, abandonando nuestro destino ecuménico y nuestros intereses espirituales en el Atlántico, dejándonos fuera de los Pactos que a ese mar se refiere» («Solidaridad Nacional»).

ACTUALIDAD

mente imposible: Los Gobiernos de Francia y Gran Bretaña —dice un corresponsal en Nueva York— «no quieren que participe en ella España, y el Congreso norteamericano no está dispuesto a darle su bendición si España no participa» («La Vanguardia Española»).

Algo parecido ocurre con la zona mediterránea oriental. También allí, unos países —las naciones escandinavas— oponen el veto a la entrada en el pacto antistalinista a Grecia y Turquía; con lo cual se da el caso curioso, como observa dicho corresponsal, de que mientras los firmantes del «pacto de papel» contra la URSS no tienen ejército y seguramente no desean tenerlo, se niegan a admitir cualquier colaboración de aquellos países que tienen ejército y ganas de luchar.

Pero, entonces, ¿quién defenderá el Mediterráneo?

«UNA GALLINA EN EL AGUA»

La nota optimista para el mundo occidental —a dos años fecha— nos la sirve el director de la Movilización para la Defensa norteamericana, Charles E. Wilson. El poderío de los Estados Unidos será tan grande en 1953, que Stalin «sería una gallina en el agua» si tratara de atacarnos. «Hasta entonces la nación debe evitar una decisión del dirigente soviético en el sentido de que vaya a la guerra total.»

Las anteriores palabras parecen haber sido dichas para apoyar las declaraciones de Truman, oponiéndose a toda extensión de la guerra en Asia. Ello significaría que tenemos guerra en Corea para mucho tiempo, y que hasta 1953 —por lo menos— hay que temer lo peor en la táctica de apaciguamiento.

Pero veinticuatro horas después de las anteriores manifestaciones, el señor Wilson dice en una reunión de la Asociación de Editores de Periódicos de Nueva York: «La inflación amenaza con destruir nuestra economía y hacer del programa defensivo algo demasiado caro para poderlo soportar.» ¿Quiere indicar el señor Wilson que el primitivo plazo por él señalado —1953— ha sido diferido? ¿Y qué pasará entre tanto si la paz mundial depende de la posibilidad de que Norteamérica alcance su máximo rearme?

ACHESON SEÑALA UN OBJETIVO

En la Cámara de Comercio de los Estados Unidos, el secretario del Departamento de Estado, Acheson, pronuncia un discurso en el transcurso del cual enumera los tres objetivos de Norteamérica en Corea: detener un acto de agresión, evitar la extensión del conflicto y restablecer la paz y la seguridad en la zona afectada. Los resultados conseguidos hasta ahora son, según Acheson: evitar el triunfo de la agresión y —hay que fijarse bien en las palabras— «obligar a los hombres libres de todo el mundo a acelerar sus esfuerzos de creación de un fuerte sistema de defensa».

Por donde resulta que la importancia del conflicto de Corea está en razón directa del rearme de las

democracias, y que el mantenimiento de la guerra en aquella zona resulta indispensable para «obligar» a los pueblos occidentales a unirse estrechamente en alianzas militares y políticas. ¿Sólo para la defensa?

Del 2 al 5 de mayo

LAS SEGURIDADES DE MAC ARTHUR

El general Mac Arthur presta declaración ante la Comisión de Relaciones Exteriores y Fuerzas Armadas del Senado norteamericano.

Respondiendo a una pregunta del senador Russell, Mac Arthur precisa: «Los soviets tienen en mi opinión dos grandes cuestiones a resolver. Tal vez esta apreciación resulte demasiado sencilla, pero servirá para hacer comprender mi modo de pensar. Las dos grandes cuestiones son:

«Primera: ¿Están decididos los soviets a atacar en algún momento?

»La segunda es el reverso de la primera: ¿Están decididos a no atacar?

»Los soviets saben tan bien como usted y yo, que nosotros no les atacaremos.

»Si han decidido no atacar, ya que los asuntos marchan bien para ellos en la forma actual, no creo que ningún acontecimiento en Corea o en Asia pueda obligarles a modificar su decisión fundamental.

»Si, por el contrario, han decidido emplear la fuerza, tarde o temprano, los acontecimientos que se produzcan en Corea o en Asia pueden tener una repercusión sobre el horario fijado.

»Creo que los soviets tomarán su decisión colocándose en un terreno más elevado que el limitado por la simple consideración de unos incidentes que se produzcan, al menos por ahora, en Asia.»

La argumentación de Mac Arthur resulta efectista (3), pero resiste muy difícilmente un riguroso examen.

En primer lugar, ¿quién ha podido dar a la Unión Soviética la seguridad absoluta de que los Estados Unidos y sus aliados no piensan atacarla? ¿Es que, por ventura, no pueden «forzar» de alguna manera la agresión, es decir, provocar indirectamente la guerra?

En segundo lugar, suponiendo que los hombres del Kremlin hayan decidido no pasar a la ofensiva aunque Norteamérica intervenga contra la China comunista, ¿cabe asegurar que el criterio actual no puede modificarse? ¿De dónde saca Mac Arthur tales seguridades? (4).

(3) Comentado el argumento de Mac Arthur, escribe un corresponsal: «Las citadas palabras del general son para la mayoría de los americanos de una lógica aplastante. No quiere decir con esto que efectivamente lo sean, sino que hoy por hoy la mayoría de los americanos las consideran sencillamente inatacables» («Diario de Barcelona»).

(4) Walter Lippmann ha comentado la entrevista de la isla Wake y la publicidad que en torno a aquella ha provocado la Casa Blanca, en la siguiente forma: «El relato del señor Anthony Leviero en el «New York Times» acerca de lo que ocurrió en la conferencia de la isla Wake el 15 de octubre es una revelación extraordinaria, tanto más cuanto revela la actitud del Presi-

NACIONES BLANDAS Y NACIONES DURAS

El día 30 de marzo se celebró en Moscú una sesión extraordinaria del Politburó, presidida por Stalin. En dicha reunión el mariscal Bulganin esbozó un nuevo plan de ataque contra el Occidente. Así lo indican ciertas noticias llegadas de Berlín («Solidaridad Nacional»).

El nuevo plan soviético prevé la constitución de un «Comité de acción» cuya finalidad será la de coordinar las actividades de los agentes de la Kominform. Lo dirigirá el general Vasevolov Nicolaievitch Markulov, especialista de los servicios de espionaje y contraespionaje soviéticos, asesorado por el coronel Kruglov, gran conocedor de Inglaterra y los Estados Unidos, y que, por cierto, ostenta la Medalla de la Legión del Mérito norteamericana.

Para la mejor realización de este proyecto, las naciones occidentales han sido clasificadas en «blandas» y «duras».

Entre las «blandas» figuran Italia, Alemania occidental, Francia, Bélgica, Noruega y Holanda.

Entre las «duras» se hallan la Gran Bretaña, Suecia, Suiza, Portugal y España.

Nos gustaría saber la opinión del señor Bevan sobre la anterior clasificación por lo que respecta a su país. ¿Gran Bretaña nación «dura» para el comunismo?

LA PIEDRA DE LA NOSTALGIA

Así se titula una información procedente de Madrid, publicada en el «Diario de Barcelona», y que dice así: «Un cronista madrileño ha denunciado la desaparición de una piedra que incrustada en la calzada de la Puerta del Sol, frente al antiguo edificio que fué Ministerio de la Gobernación, señalaba con un aspa gravada en su superficie, el punto en que comenzaba a contarse el «kilómetro cero» de todas las carreteras radiales de España. El escritor pide que sea restablecida dicha piedra que a nadie molestaba y tenía un valor sentimental para los nostálgicos y un pretérito que se va evaporando. De aquel ayer pronto, tal vez, ya no quedará nada. Tiene razón el escritor...» ¿Qué queda de aquel ayer?

SHEHAR YASHUB

dente, quien debe haber aprobado que se le diera al señor Leviero acceso a documentos altamente privados. Su revelación extraordinaria, a nuestro juicio, es que el Presidente cree que puede hacer responsable al general Mac Arthur de haber sido sorprendidos los norteamericanos por la intervención china en Corea.

«El relato del señor Leviero dice que «el Presidente Truman preguntó al general Mac Arthur acerca de la posibilidad de una intervención china o rusa. El general Mac Arthur dijo que veía muy pocas probabilidades de que esto ocurriese.» El aspecto serio de esto no es que el general Mac Arthur estuviera errado en su juicio acerca de la intención de dos potencias extranjeras, sino que el Presidente se atuviera al criterio del general en una materia que cae directamente bajo la responsabilidad del Departamento de Estado... En la isla Wake no debió haber sido el Presidente quien preguntara al general Mac Arthur si China iría a intervenir. El debiera más bien haber dicho al general Mac Arthur lo que pensaban el Presidente de los Estados Unidos y su secretario de Estado acerca de esta última cuestión» («Acuerdos y revelaciones, «Solidaridad Nacional»).



*Visite las Cuevas
de Artá*

Obras existentes en nuestra
Administración que por
su interés recomendamos

Historia de las Sociedades Secretas

VICENTE DE LA FUENTE

3 tomos. . 45 ptas.

La Inquisición

J. M. ORTI LARA

ejemplar. . 10 ptas.

La vuelta a los altares

LUIS CREUS VIDAL

ejemplar. . 25 ptas.

El liberalismo es pecado

FELIX SARDÁ Y SALVANY

ejemplar. . 4 ptas.

CATÓLICO:

DESPIERTA Y MILITA

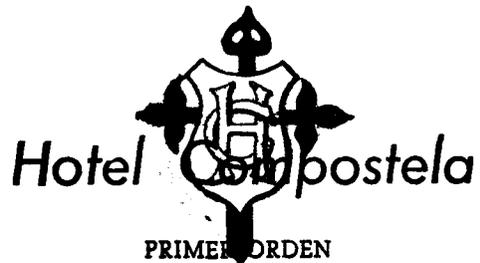
José Fontanals Hill
Hermanos

♦ ♦
FÁBRICA Y ALMACÉN
DE TEJIDOS DE FANTASÍAS

♦ ♦
ALTA NOVEDAD PARA SEÑORAS



Despacho: Gerona, 62 - Teléfono 25 22 17
Fábrica: Puigmartí, 8 (Gracia) - Teléfono 28 43 25
BARCELONA



SANTIAGO DE COMPOSTELA

Al salir de compras
recuerde un solo nombre

**Galerías
Maldá**

Pino - Puertaferri

"ESTEVE Y SAURET"

DE
SAURET Y FLAQUER, S. R. C.

DISTRIBUIDORES DE LOS VINOS

MARFIL DE "ALELLA VINICOLA"

DESPACHO:
ANGELES, 16
TELEF. 21 43 92

BARCELONA

ALMACENES:
JOAQUIN COSTA, 4
ANGELES, 16

Colmado

Viuda de M. Vallés

Especialidad en embutidos, frutería
y licores
Servicio a domicilio

Plaza la Lana, 20 Teléfono 22 26 62

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

Salvador Fusté Teixidor



Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en BESSACHS
(GIRONELLA)